

XXI PREMIO
DE CUENTOS
FUNDACIÓN MAINEL

El mundo que quieres

Valencia, mayo de 2018

Diseño de cubierta Manuel Pagador

© Fundación Mainel, 2018

Porta de la Mar 6, 2º – 8ª. 46004 Valencia

Tel.: 96 392 41 76 – Fax: 96 392 53 35

fundacion@mainel.org

www.mainel.org

ISBN: 978-84-95947-32-1

Depósito legal: V-1291-2018

Imprime: Guada Impresores

Índice

Fallo del jurado	9
Presentación	11
Sección 1º y 2º de Secundaria	13
<i>Sueños de lluvia</i>	15
Alicia Sánchez Gomariz	
<i>Una buena "influencer"</i>	25
María Sabeih Celda	
<i>Una historia más. Una chica como cualquiera</i>	33
María Sirvent Soriano	
Sección 3º y 4º de Secundaria	41
<i>Altibajos</i>	43
Paula Fenollar Sala	
<i>La muñeca</i>	55
Marina Juárez Calvo	
<i>Tribulaciones oníricas</i>	69
Braden Flores Quesada	
Sección de Bachillerato	85
<i>A la vez</i>	87
Luisa Ripoll Alberola	
<i>Cuatro pétalos de rosa</i>	99
Sara Busschots Safranez	
<i>Cartas a la mente</i>	117
Lucía Andrés Edo	

El jurado compuesto por: Begoña Clérigues, periodista; Antonio Egea, periodista; Juan Ignacio Poveda, escritor; David Sureda, escritor; y Sonia Martín, directora de comunicación de la Fundación Mainel; decidió otorgar los galardones del XXI Premio de Cuentos Fundación Mainel a:

Sección estudiantes de 1º y 2º de Secundaria:

Primer Premio: Alicia Sánchez Gomáriz

IES Emilio Pérez Piñero, Calasparra (Murcia)

Segundo Premio: María Sabeih Celda

Colegio Pureza de María Cid, Valencia

Tercer Premio: María Sirvent Soriano

Colegio de Fomento Altozano, El Campello (Alicante)

Sección estudiantes de 3º y 4º de Secundaria:

Primer Premio: Paula Fenollar Sala

Bristish School Alzira, Favara (Valencia)

Segundo Premio: Marina Juárez Calvo

Colegio Nuestra Señora de los Infantes, Toledo

Tercer Premio: Braden Flores Quesada

Bristish School Alzira, Gandía (Valencia)

Sección estudiantes de Bachillerato:

Primer Premio: Luisa Ripoll Alberola

Colegio Inmaculada Jesuitas, Alicante

Segundo Premio: Sara Busschots Safranez

San Pablo CEU, Valencia

Tercer Premio: Lucía Andrés Edo

Escuelas San José, Valencia

Presentación

Para que nuestros hijos e hijas se conviertan en ciudadanos globales empáticos y responsables, es fundamental que los adultos les informemos de los desafíos con que se encontrarán en un futuro próximo.

Este XXI Premio de Cuentos, es parte de la labor de la Fundación Mainel para ayudar a crear una ciudadanía comprometida, optimista y generadora de cambios. Con él, pretendemos que los niños y jóvenes conozcan y reflexionen sobre los Objetivos de Desarrollo Sostenible: el plan de acción mundial propuesto por la ONU para lograr un futuro más saludable, seguro y justo para todas las personas, sin excepción.

El compromiso activo de los jóvenes es el impulso necesario para romper con los patrones del pasado y situar al mundo en la senda de un futuro más sostenible. En las páginas de este libro quedan demostrados su dinamismo, creatividad e idealismo, que les animamos a no perder nunca, porque no dudamos que con sus ideas y acciones lograrán el mundo que quieren.

Aprovecho estas líneas para agradecer la labor del profesorado, aliado fundamental para el éxito de este premio, así como la del personal técnico y voluntario de la Fundación. Y cómo no, agradecer al Jurado su disposición para aceptar el encargo y el cariño con el que ha valorado los cuentos reci-

bidos. Y por último, y no por ello menos importante, expresar mi gratitud a la Fundación Promoción Social y la Agencia Española de Cooperación por su inestimable colaboración.

Como presidente de Mainel, transmito mi más sincera felicitación a los premiados en esta edición, que hago extensiva a todos los participantes, puesto que por su dedicación y reflexión son ya merecedores del mayor reconocimiento.

Vicente Emilio López Castell

Presidente de la Fundación Mainel

Sección 1º y 2º de Secundaria

SUEÑOS DE LLUVIA

Alicia Sánchez Gomariz

La oscuridad empezaba a envolverlo todo. Y allí, en medio de la nada, lo vi. Su flequillo apenas dejaba ver sus ojos, la mirada decaída mirando a la lejanía. Sus manitas se agarraban a la valla. Me miró y pensé: “¿qué significarían para él los sueños?” Me acerqué y como si me leyera el pensamiento contestó: “¿un mañana?” a la vez que señalaba algo. Era un pequeño libro que siempre llevaba conmigo. Al dárselo, una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Cuál es tu sueño? —le pregunté.

– Saber todo lo que hay en los libros y, sabiéndolo, hacer de este mundo un lugar mejor.

Y esas palabras me dejaron asombrado, perplejo, entusiasmado por saber todos sus conocimientos y verdades sobre el mundo.

– Sé que los libros te han dado tus sueños, ¿me podrías contar alguno de ellos? –y me quedé acurrucado entre la verja que nos separaba y atento a su historia.

–Vale, te contaré una de Arabia...empezaré...

La historia que me contó empezaba en Arabia, claramente. Una lluvia torrencial caía como espigas de rosa pero, para los niños, era una oportunidad para jugar a mil y un juegos que cada día se inventaban. Ellos no tenían juguetes, ni regalos, ni consolas, pero eran felices con lo que hacían y no les importaba que se unieran más niños a jugar.

La puerta a la felicidad estaba asegurada para vivir una noche de lluvia y diversión con todos ellos.

Pero uno de ellos solo miraba. Veía el balón con el que jugaban, observaba las estrellas, pensativo, y las caras felices de sus amigos, porque soñaba con los ojos abiertos que pudiera correr como esos niños, o saltar, bailar, nadar... Soñaba que pudiera tener otra pierna para poder hacer todas esas cosas.

A la mañana siguiente, amaneció un día de sol espléndido, todo el grupo se reunió para hacerle, con los pocos recursos que tenían y podían conseguir de casa, una pierna a su amigo; con el tiempo fabricaron una pierna de madera. Su aspecto no era el mejor, pero lo importante sería lo práctica que le resultaría al niño. El día en que se reunieron todos para hacerle la entrega, fue muy ilusionante. Al dársela, sus sueños a la lluvia se habían hecho realidad.

—¿Ya? ¿Ha acabado? Pregunté. Es muy bonita, ¿de dónde sacas esa historia?

El niño no contestó y yo le volví a insistir:

—¿Te sabes más? Cuéntame otra por favor.

Y la siguiente historia iba sobre una niña, Ibijh, morena y con un velo de flores que tapaba sus rizados cabellos. Ella paseaba sola, entre los bellos jardines de azucenas en frente de la casa de su vecina, en esta vivía otra chica muy parecida a ella.

Ibijh solo podía verla a través de una ventana. Ella no salía de casa ni para contemplar su pueblo, pero Ibijh estaba dispuesta a conocerla y quizás, ser amigas al igual que vecinas.

Se dispuso a llamarle la atención con flores, hojas, bailando e incluso gritándole desde su jardín, pero la niña ni se inmutaba y parecía estar triste y encerrada. Ibijh no se iba a dar por

vencida y probó utilizar la música. Cogió su laúd árabe y empezó a tocar una melodía preciosa que resonaba por los rincones de todas las calles animando a todo el que la escuchaba.

Ibijh se dio cuenta que la niña la miraba y esta de repente se encontraba con una flauta de pan en sus manos, y se unió a tocar con ella. Las dos se hicieron muy amigas, aunque nunca habían hablado, ni jugado entre ellas; solo unían su música para crear juntas la amistad.

—Me tengo que ir, dijo el niño, es hora de ir a mi casa, adiós—y se fue apresurado.

—Espera, quiero que me cuentes más historias, ¿nos podríamos ver mañana aquí? —pregunté.

—Claro, pero a cambio de que mañana me traigas la flor de Ibijh, la Azucena, aquí no hay muchas—dijo ya en la lejanía.

—Sí, te lo prometo.

Al día siguiente...

Yo me encontraba justo en el mismo lugar que lo dejamos, sentado en la misma roca con la Azucena en la mano. Esperaba paciente a su llegada porque sus historias y su personalidad me habían cautivado. Al fin llegó, con la misma ropa que ayer, la misma expresión en su rostro y corriendo hacia mí.

–Hola, aquí tienes tu flor.

–No se llama flor, es Azucena, su nombre es muy bonito– la cogió con delicadeza como si fuera la única en todo el mundo.

–Perdón, ¿me cuentas otra historia? –le dije apresurado.

–Sí, lo prometido es deuda y...

Iniciaba su cuento en una casa horrible, destrozada por los años, ruidosa y vieja. Aquella casa había sido, anteriormente, todo lo contrario; en ella vivía el hombre más rico de toda la ciudad con su familia. Era calentita, confortable, y su madera era de muy alto coste ya que solo se la podían permitir algunas personas.

Esta familia lo tenía todo: dinero, lujos, posesiones...Pero en realidad “todo” no era la palabra adecuada porque justo al lado de esta mansión vivía otra familia con poco dinero, pero a la que no le faltaba lo más importante: salud, amor y felicidad. Estas tres palabras significaban que cuidabas a los demás, que vivías en paz con quien eres y que no te preocupa quién llegarías a ser.

Las casas siempre estaban enfrentadas para ver quién era más feliz, quién repartía más amor y quién se cuidaba. La mansión creía que todo no era suficiente y se puso a buscar tácticas

rastreras para arruinar a los otros. La humilde casa directamente no competía, ni perdía ni ganaba nada, es más, no sabían que sus vecinos estaban contra ellos.

El caserón se centró más en la palabra “ganar” y así se iba perdiendo la “felicidad”. También se centró en “luchar” y “dinero” y así murieron el “amor” y la “salud”, hasta que llegó un momento en el que la casa no pudo más y se arruinaba por cada palabra importante que se extinguía en su familia.

La casita notaba que su vecina se destruía y necesitaba ayuda, no tardó en prestarle unos recursos para que no desapareciera, pero esta no pudo sostenerse y se desvaneció.

La familia que vivía en esta casa no lo pudo soportar y empezaron su vida en otra casita, en otro vecindario y en otra ciudad. Por ese motivo hoy en día la mansión está polvorienta y sin sueños, pero la casita en cambio, sigue en perfecto estado y le queda toda una vida por delante.

—¿Cómo se titula la historia? —le pregunté.

—No sé, las historias pueden ser interpretadas como tú quieras, entonces el título es tuyo.

—Nunca lo había pensado...

—Te contaré una última historia—dijo ya confiando en mí.

—Vale, cuando quieras—le contesté.

Esta historia era la más impactante que me había contado estos días. Empezaba en un país, en un pueblo pequeño y amable con sus visitantes y con sus gentes. Los niños corrían y jugaban, aprendían a quererse y a querer a su entorno. Todos vivían en paz, hasta los adultos, sin ninguna discusión estúpida en las que alguien pagaba los platos rotos de esas personas.

El pueblo estaba orgulloso de su país y el país de tener un pueblo como aquel, todo era maravilloso.

Hasta que un día todo se vino abajo. La gente empezaba a huir despavorida, los niños utilizaban sus juguetes para protegerse, todo se les echaba encima.

El país estaba estallando por unos hombres que intentaban enseñar más poder a los otros.

¿Dónde estaba ahora la casa de los pobres y ricos? ¿Dónde estaba Ibiñh y su amiga?

¿Y en qué lugar se escondía el grupo de niños? Nada era parecido a aquello.

La oscuridad empezaba a envolverlo todo. Y allí en medio de la nada lo vi. Su flequillo apenas dejaba ver sus ojos, la mirada decaída mirando a la lejanía. Sus manitas intentaban huir lejos

de allí para agarrar sus sueños perdidos, destruidos por los hombres que luchaban por sus casas, orgullosos de ellos y no de lo que les rodeaba.

Y en ese momento pensó:” ¿Qué son los sueños para ellos?” Y en aquel momento respondió él: “Huir de aquel lugar”.

El pueblo no luchaba, unieron sus fuerzas para huir lejos de allí. Se dirigían directos al sol, a un mañana. Los sueños solo significaban eso, un mañana por el que vivir.

Ya, ya quedaba poco, no sabían nada de sus casas, ni de su país. Nadie hablaba, pero, de repente, el niño cantó; todos cantaban con él a la paz y a vivir como antes, a vivir sus noches de lluvia.

El camino se les hizo largo, pero valió la pena para salvarse. Los niños y niñas ya sonreían un poco y por fin sus familias habían llegado sanas.

Ya dormían en su “casa” aunque esa no lo fuera. Pero su tristeza seguía sin morir del todo, y la vida allí no era definitivamente soñar con algo parecido.

Las personas del país vivían de los libros de fantasía, amor, pero no tenían muchos.

El sueño se había hecho realidad, huimos de aquel lugar inhóspito, que aún no nos sonreía del todo.

—Espera, ¿quién es el protagonista que vive todo esto, el nombre de aquel niño? —le pregunté con nervios.

–Ese niño era yo, he tenido que crear mis historias para revivir la magia de la esperanza, que llegará siempre que lo desees con todas tus fuerzas.

–No lo sabía, podrías habérmelo dicho, te podría haber traído muchos más libros –le dije triste.

–No te preocupes, muchos vienen aquí a observar y nada más, estoy acostumbrado a eso. Yo les enseño que la esperanza es otra palabra vital, que todo puede cambiar y tienes que estar preparado. Yo ahora soy feliz.

Desde aquellas últimas palabras, aprendí una lección a la que nadie le hubiera dado importancia, a no ser que vivas una cosa como esta. Aprendí que cada cosa importa, ya sea mala o buena, que la vida te prepara para lo que vendrá y que ese niño era la razón por lo que soy y por lo que seré el día de mañana. Ya solo queda que tú te prepares, aun así, vive cada instante de vida porque la tuya es el significado de soñar.

UNA BUENA “INFLUENCER”

María Sabe Celda

Era lunes por la tarde. Estábamos en tutoría y nuestra profesora nos puso un vídeo sobre Malala. A todos nos impactó mucho la historia de esta niña, cómo superó sus dificultades simplemente para estudiar, para ser alguien en la vida. En ese momento me di cuenta. Lo vi claro, ya sabía la misión de mi vida, el porqué de mi existencia. Estaba en el mundo para cambiarlo, para mejorarlo, hacerlo justo para todos.

En cuanto llegué a casa empecé a planearlo. Mi trabajo principal iba a estar en las redes sociales. A través de Instagram cumpliría mi propósito. Mi misión iba a ser convertirme en

influencer. Pero no una cualquiera. La influencia que yo quería ejercer sobre las personas tenía que ser buena, positiva, ¡transformadora! Quería convencer al mundo de la importancia clave del derecho a la educación. Iba a concienciar al mundo sobre que todos tenemos el mismo derecho a ser educados desde pequeños, a asistir a la escuela, y que no por ser pobre o por ser mujer tenemos que ser incultos toda la vida.

¡Ya está! Mi cuenta estaba creada: @derecho_educación. Ahora solo me quedaba empezar a publicar, compartir cosas inspiradoras, que hicieran a la gente reflexionar...

Comencé con una breve descripción sobre quién era, pero sin revelar mi identidad. Expliqué mi vida brevemente: yo siempre lo he tenido todo, no me ha faltado nada, familia, amigos, hogar, educación, sanidad... Quizás por eso nunca me había parado a pensar en que no todo el mundo tiene mi suerte, hasta que no me percaté al ver el vídeo, no empecé a preocuparme por la gente que no es tan privilegiada, la gente que no sabe ni siquiera leer y escribir.

Mi primera publicación fue una foto de Malala con el hashtag #LasMujeresTienenDerechoAEstudiar y en ella comenté: “Malala Yousafzai es una niña pakistaní. En la tarde del 9 de octubre de 2012, tomó su autobús escolar. Y un hombre armado subió también y preguntó por ella llamándola por su nombre, y luego le apuntó con una pistola y le disparó tres veces. Una de las balas le dio en el lado izquierdo de la frente

y luego entró en el hombro. En los días posteriores al ataque, Malala permaneció inconsciente y en estado crítico, pero más tarde, su condición mejoró lo suficiente como para que ella fuese enviada al Hospital Queen Elizabeth de Birmingham, Inglaterra, para la rehabilitación intensiva. Habían intentado asesinarla simplemente por querer ir a la escuela, por querer estudiar, por querer aprender...”

Ya solo me faltaban seguidores... Lo más importante para cualquier *influencer*. Al día siguiente en el colegio dejé una tarjetita en las mochilas de todos los alumnos sin que nadie me viera y en los maletines de cada trabajador del centro. En ella solo había estas palabras: “SÍGUEME EN MI CUENTA @derecho_educación”. Claramente la tarjetita era anónima y la hice recortando trocitos de las revistas viejas que tenía mi madre por casa. Esta idea dio su fruto ya que, no sé muy bien si por la intriga o por querer ayudarme, a los pocos días ya tenía unos mil seguidores. Pero necesitaba más gente, no me bastaba solo con las personas de mi día a día, mi cuenta tenía que batir los récords de seguidores en todo el mundo. Subí una historia en la que escribí: “Sé que tu ya me sigues, ahora tienes que ayudarme. Tu misión es conseguirme otros 5 seguidores nuevos”. Cada persona que se uniera, buscaría a otras 5, y así consecutivamente. Mi cuenta se hizo viral en pocos meses, casi todo el mundo ya conocía la historia de Malala, pero eso no ayudaba, no bastaba para cambiar el mundo.

Decidí subir otra foto, esta vez era un dibujo de niñas de todos los lugares del mundo. En esta escribí: “Tú, si tú, también tienes que participar. Ayúdame a que todas las niñas y niños del mundo tengan una educación. En todos los países tiene que haber varias escuelas, contribuye con las ONGs para que construyan colegios por todas partes.”

Todo iba sobre ruedas, hasta que un día me llegó un “direct”. No estaba bien escrito, parecía de neandertales o algo por el estilo. Ponía algo así como: “Mujeres no estudiar, solo hombres tener derecho, no ser iguales.” La cuenta de la que lo recibí era @antiderecho_educación, la cuenta estaba creada solo para ir en contra de mi causa. No hice mucho caso y pasé del mensaje, y cuando ya casi lo había olvidado me llegó otro que decía así: “Tú borrar cuenta o tú morir.” Me empecé a preocupar y fui a hablar con mis padres, con miedo a que algo pudiera suceder. Ellos me mandaron cerrar la cuenta. Yo les expliqué que no podían tener ningún tipo de información, ya que no había puesto datos míos y la cuenta era totalmente anónima, solo ellos dos sabían de quién era de verdad. Por mucho que les expliqué, mis padres estaban intranquilos, así que tuve que cerrar mi sesión y olvidarme de todo aquel logro. Pero...La cuenta no estaba cerrada, la gente no la había olvidado y todo seguía igual hasta que se cansaron de no conseguir resultados y de ver que yo no hacía nada más. Yo iba controlando desde mi cuenta privada y las suscripciones baja-

ron hasta quedarme con los primeros seguidores que tuve, simplemente mi colegio.

Un día al llegar al colegio vi que todos los pasillos estaban llenos de carteles en los que había escrito: “¡MALALA TENÍA DERECHO A ESTUDIAR, ESTAMOS CONTIGO @derecho_educación!” Me puse muy contenta de que toda la escuela estuviera a mi favor y me animé mucho. La gente no hablaba de otra cosa, todos admiraban a Malala y también a ese o esa misteriosa persona que estaba detrás de la cuenta. Todos venían con más ganas a estudiar, ya no se quejaban de tener que asistir cada lunes al colegio.

Además, gracias a los representantes del alumnado en el consejo escolar y a todos los delegados de cada clase, se organizó una gran asamblea en la hora del recreo. En ella se planeó que todos enviaríamos mensajes a @derecho_educación animándole a seguir adelante con su cuenta y su misión de cambiar el mundo.

Fue realmente emocionante. Tuve que aguantarme las lágrimas para no darme a conocer. ¡Todos mis compañeros Unidos para mejorar el mundo! ¡Todos concienciados y juntos por un mismo ideal!

Al finalizar realizamos una oración todos juntos. Se pidió por Malala y por todos los niños y niñas que no pueden asistir a la escuela, pero sobre todo por la persona que estaba detrás de

todo eso para que siguiera adelante con su sueño y no se rindiera jamás. Hubo peticiones espontáneas de muchos niños de todas las edades, hasta los más pequeños querían ayudar. Yo (@derecho_educación) era un ídolo para todos mis compañeros. Realmente había cumplido mi meta, me había convertido en una muy buena *influencer*.

Al llegar a casa lo conté todo y mis padres se emocionaron muchísimo y aproveché para preguntarles si podía volver a abrir la cuenta ya que el mundo me necesitaba y estaba defraudando a gente día a día. Su respuesta me extrañó bastante, ya que sin insistir me dieron permiso. Me explicaron que, sin decirme nada, habían denunciado a la policía las amenazas, y que la Interpol había encontrado la dirección del dueño de esa cuenta en una remota aldea de Afganistán. Y que ya había sido detenido por la policía afgana, porque encontraron en su casucha armas y videos amenazantes para difundir por Internet. En cuanto se publicó la noticia en los medios de comunicación, gente de todos los países empezó a seguirme de nuevo y a contactar con mi cuenta a través de mensajes por “direct”. Incluso a través de Instagram me hicieron entrevistas para periódicos de todo el mundo. Casi todas fueron más o menos iguales, en ellas me hablaban de usted ya que no sabían que solo soy una chica de 14 años:

—¿Cuándo descubrió que quería cambiar el mundo?

—Un día estaba viendo un vídeo sobre Malala cuando me di cuenta del porqué de mi existencia, yo quería ayudar a que estudiar no supusiera peligro de muerte, que no fuera algo imposible para algunos.

—¿Cómo se le ocurrió la idea de utilizar Instagram?

—Observé que hoy en día todos se mueven a través las redes sociales y esta me pareció una buena forma de darme a conocer a la gente de cualquier lugar.

—¿Cómo supo que funcionaría?

—No sabía nada hasta que lo intenté, tuve suerte de que funcionaran mis métodos, nada más.

¿Es consciente de que desde que aquel hombre fue arrestado, gracias a usted todas las ONGs están construyendo colegios con donaciones de sus seguidores?

—Sí, pero deben saber que no es gracias a mí, si no, como ya han dicho, gracias a las donaciones de estas personas maravillosas y tan generosas.

—Su ayuda ha hecho que todos cambien de opinión, no queda ni un solo radical suelto por ahí, ya que todos han reflexionado sobre este y otros temas que eran realmente preocupantes, ¿está orgullosa de ello?

—Sí, y además me halaga mucho que digan que este maravilloso cambio es gracias a mí. Este es el mundo que realmente quiero, un mundo sin violencia, sin injusticias, sin discriminación, sin miedo ni terror, donde todos y todas puedan estudiar...

Para finalizar, ¿quién es en realidad?

—Lo siento mucho, a eso no les puedo contestar, necesito seguir manteniéndolo en secreto.

(Esto último lo dije por mi bien y por el de mi cuenta).

Y de repente, desperté... Todo había sido un maravilloso sueño, como un cuento de hadas. Había conseguido cambiar el mundo en menos de un mes yo sola, era un mundo maravilloso que todos queríamos. Pero, desgraciadamente solo lo soñé. Ahora que estoy despierta he estado pensando y no es posible cambiar el mundo de la noche a la mañana, pero si quiero al menos mejorarlo, tengo que empezar poco a poco por mi entorno. He empezado como hice en el sueño, con una cuenta de Instagram y las tarjetitas en las mochilas de todos mis compañeros.

Solo falta esperar, que esto es la vida real. Puede ser que no cambie el mundo entero, pero puedo concienciar a otros para que me ayuden y, tal vez en 2100, otros jóvenes consigan que sea como soñé, el mundo que quiero.

UNA HISTORIA MÁS. UNA CHICA COMO CUALQUIERA

María Sirvent Soriano

Negro. Dolor. Frío. Oscuridad.

No veo. Mi vista está nublada y mi corazón aporrea mi pecho con fuerza. Unas lágrimas, inaguantables, caen a mares por mis húmedas mejillas. Lo que sí que reprimo es el llanto rebelde y rabioso que está preso en mi interior. Aun casi ahogándome, mantengo el silencio. No quiero que nadie se dé cuenta de que estoy aquí, huida del recreo y escondida como un culpable en el baño del instituto. Pienso que solo soy una inútil cobarde.

Sí, lo soy, pero no entiendo la razón por la que me odian. Tan divertido es ¿ver caer mis lágrimas?, ¿ver cómo me escondo?, ¿notar mi miedo? Y cuando caigo al suelo por un empujón o un “calbote” ¿por qué les resulta cómico verme recoger los libros? Sí, es lamentable, pero esta es mi vida. Tengo que salir de mi escondite, así que suelto el último gemido ahogado de este día y me incorporo. La espalda me duele de haber estado tanto tiempo tirada, en la misma incómoda postura durante 20 minutos. La cabeza me duele de tanto llorar. Sí, me siento idiota y tengo ganas de que este cansino día acabe aquí. Quiero dormir y empiezo a pensar que no quiero despertar. Con las mangas de mi sudadera seco las últimas lágrimas que aún resbalan por mi pálida piel. Mis ojos están seguramente rojos, pero no me importa. Solo pido no cruzarme más con ellas. Utilizo mi técnica de ir con la cabeza gacha y espero, como habitualmente, que nadie se digne a saludarme. ¿Quién sabe la razón por la que he llegado a este punto? Se supone que soy lo que la gente de mi edad llama “pringada”. Abro el pestillo de la puerta del baño, en la que hay dos nombres apuntados: “Draco x Hermione”. Bastante típico en los años del “insti”. Dejo la puerta abierta y pienso en mirarme al espejo, pero veré el aspecto de Erin Lawliet. Sí, una chica penosa. Meto las manos en los bolsillos de mi sudadera con el logo de *The Rolling Stones* y salgo con la mirada baja del baño.

Las clases siguientes han pasado como las golondrinas del poema de Bécquer. Me coloco mi pesada mochila a la espalda y me dispongo a abandonar el instituto. Como cualquier estudiante normal me dirijo caminando hacia mi casa. Vivo un poco lejos del instituto, pero es un rato que estoy sola, y lo agradezco. Intento ir por sitios en los que no me cruzo a la gente del “insti”. Hoy todo parecía ir bien, pero, para mi sorpresa, en la terraza del bar, normalmente vacío, se encuentran charlando unas personas de mi instituto. Están separados en dos mesas. En una se encuentran las personas con las que menos me apetecería encontrarme en este momento; una chica y dos chicos de 3º de la ESO, mi curso. En la otra mesa, están charlando dos chicos de 2º de Bachillerato, los conozco y he hablado alguna vez con ellos.

La calle está bastante vacía, pasan cerca de mí dos ancianas que caminan cuchicheando seguramente de su vecina Paqui del 5º piso. ¡Yo qué sé! Agacho la mirada y acelero el ritmo. El flequillo que me resbala por la frente me tapa una parte de la cara. Paso a su lado, el corazón me late a mil por hora, siento miedo. – ¡HEY, ERIN! – exclama Yago, a pesar de que se encuentra a escasos pasos de mí. Yo alzo la mirada, nerviosa, desearía salir corriendo, pero las piernas me tienen paralizada. –¿No te apetece venir a hablar con nosotros? –¿Te ha gustado la nota que has recibido en física y química? –dice Claudio, y provoca que Trini, la otra chica, suelte una carcajada.

Sí, recuerdo la nota, y me viene a la mente su imagen poco digna como para describirla. No quiero volver a leer o escuchar más insultos. Ojalá cesen pronto, daría lo que fuera. Siento al recibir cada insulto el mismo dolor que se siente al aplastar con la mano el tallo de una rosa lleno de espinas. Duele y es innecesario ¿acaso alguien merece que se le insulte para satisfacer no sé qué estúpido ego? Pienso ya que no hay nadie en el mundo con buen corazón o con, al menos, una pizca de empatía. Me he vuelto, por esta gente, muy antisocial. Yo no era así y ahora pienso que todo el mundo va en mi contra. No sé si la gente con buen corazón solo sale en las películas.

Claudio se levanta sonoramente de la silla de metal y yo, instintivamente, doy un paso hacia atrás. Por una fracción de segundo, giro la mirada hacia los chicos sentados en la otra mesa. Parece que he conseguido llamar su atención. Miran la escena sin decir nada, aunque con los ojos clavados en los movimientos de Claudio. Vuelvo a mirarle a la cara, intentando ser fuerte y salir de mi encierro. Él me coge con la mano izquierda el brazo, con tanta fuerza que me hace daño y yo, de nuevo, no soy capaz de hacer nada. Acerca sus labios a mi oído. Coge aire y lo suelta en la frase —Ten cuidado, pringada. No te cruces conmigo más, o ya sabes lo que pasará— Me pega un codazo. Ese gesto valiente y machista hace que aflore la risa de Trini y Yago, los esbirros que le ríen las gracias. Me echo un poco hacia un lado, me duele pero no dejo escapar ni

un solo sonido de mi boca. No me importa el dolor, yo solo quiero que paren porque ya llevo varios años así. Solo quiero llegar a casa, no puedo más. La gente que está dentro del bar observa sin hacer nada y, después, siguen a lo suyo. Seguramente temen meterse en la pelea. Para ellos el problema se esfuma una vez apartan la mirada. Es cierto que no es su problema, pero podría serlo con otros protagonistas. Quizá si la gente se enfrentase o, al menos, no riera las gracias de los acosadores, igual las injusticias, como la que sufro, no triunfarían. No hacer nada es una forma de pensar egoísta, pero yo sé perfectamente lo difícil que es ser valiente.

Él, insiste y vuelve a acercar su boca a mi oído, pero no susurra tanto como antes. Escaparía, pero sigo cogida a su brazo. Mi dolor es pura diversión para él. No entiendo por qué me quedo callada, siempre me bloqueo. De repente alza el puño e instintivamente cierro los ojos con fuerza, esperando a que el puño impacte ya de una vez en mi cuerpo. Sin embargo, para mi sorpresa, eso no ocurre y, en lugar del golpe, escucho una voz. Abro los ojos y veo a uno de los dos chicos de Bachillerato hablando alto a mi acosador

—Mira, llevo unos minutos observando ¿no tienes otra cosa que hacer? ¿Estás aburrido? — dice este. Su nombre es Liam, creo recordar. Tiene el brazo derecho de Claudio cogido con una mano. Claudio y sus amigos se quedan mirándose. Ya no son tan valientes. Él se sienta de nuevo, sin decir una sola

palabra. El que se creyó muy fuerte hace unos segundos, en realidad es el más débil. Cuando sus amigos se han callado, y Liam ha puesto un punto —o eso espero— al problema de esta tarde, él ha perdido su fuerza.

—¿Esto es puntual o ya llevan tiempo así? —pregunta el otro chico, Nathan, el amigo de Liam—. Nos encontramos en parque del Retiro, ubicado en el centro de Madrid, sentados en un banco.

—Llevan años así, al parecer no les cansa, y no puedo hacer nada contra ellos, estoy sola en esto.

—¿No has pensado en denunciarlo?

—Sí, varias veces de hecho, pero nunca he tenido el valor de hacerlo. Siento miedo, siento ser una cobarde.

—No lo sientas, y...—Liam mira a Nathan, y después los dos me miran a mí. Liam continúa—... podemos ir a denunciarles, tenemos testigos, la gente del interior del bar.

—¿Creéis que frenará todo?

—Estoy seguro —afirma Nathan—.

16 años después en una clase de 1º de ESO

—...la gente aparta las miradas cuando una persona te agrede, ya sea física o psicológicamente. Es difícil pedir valentía a la gente, lo sé. Y los que no apartan la mirada, se ríen, por miedo a que les pase lo mismo. Pero se quedan callados. Hasta el día que alguien no frene el *bully*, seguramente la persona en cuestión no deje de haceros daño. La valentía no es solo enfrentarse, la postura valiente también es la denuncia a vuestros tutores que, en la mayoría de los casos, intervendrán. Otra opción es denunciarlo —recuerdo el día que lo hice, junto a Liam y Nathan—. Todos los malos momentos se acabaron en cuestión de una semana, y me siento satisfecha de poder ayudar a los jóvenes de hoy —no tengáis miedo a denunciarlo, ¿entendido? — Ojalá también los medios de comunicación no se hicieran solo eco de la tragedia y ayudaran a prevenir.

La clase entera asiente, así que recojo mi bolso y mis carpetas, con hojas sobresaliendo de ella. Después de esta charla, me voy a mi casa, satisfecha por lo que puedo haber llegado a ayudarles.

Sección 3° y 4° de Secundaria

ALTIBAJOS

Paula Fenollar Sala

Soy Lola.

...O mejor dicho, he sido Lola durante unos años hasta hace apenas unas horas. Tengo la capacidad de encontrar a niños maravillosos, con corazones enormes, estos niños suelen tener una coraza que no les permite abrirse a la gente y compartir sus emociones. Les mantiene rodeados de gente, pero a la vez aislados. Mi finalidad es conseguir que el niño o niña al que acompañe consiga la felicidad independiente. Es decir, que sean felices sin mi ayuda y a pesar de que me vaya de sus vidas, lo sigan siendo.

El último niño al que acompañé tenía 7 años la primera vez que le vi. Lucas es maravilloso, desde el primer momento, percibí en él un diamante en bruto. Siempre había sido un niño vergonzoso y tímido, y aunque no me gusta presumir, he de decir que, gracias a mi ayuda, se ha convertido en un chico increíble y muy sociable. Ya tiene 8 años y puedo decir, muy orgullosa, que es un niño que irradia felicidad pura, como debería ser. Poco a poco, he ido alejándome de él y observándole hasta darme cuenta de que ha conseguido alcanzar esa felicidad independiente que buscaba. Llegados a este punto, como con todos los niños, he conseguido no sólo su felicidad, sino que me olvide y no me necesite.

Puede que suene frío. Pero es fundamental que los niños no me recuerden para no convertirme en su vía de escape y que no dependan de mí. La independencia es un aspecto fundamental en la vida de cualquier persona y, a medida que crecemos, su importancia es aún mayor.

Y es que mucha gente necesita amigos como yo, y hay muchos. Estoy segura de que la mayoría de niños han tenido amigos imaginarios y aunque los adultos no le den importancia a estas fantasías, lo que no saben es que sí existimos de verdad. Y nos encargamos de que los niños y niñas se quiten sus miedos y crezcan. Y está claro que, llegados a cierto punto, madurar conlleva consecuencias, entre otras, olvidarse de nosotros, los amigos imaginarios.

Ahora espero ansiosa en la salida del colegio para encontrar a mi próximo amigo, o, mejor dicho, a que me encuentre a mí. Será rápido, tengo que esperar a que alguien me vea y se acerque a mí con curiosidad.

Ya es la hora y los niños salen disparados como si fueran animales salvajes y corren hacia sus padres. Todos los niños van acelerados, ya que quieren coger sus meriendas e ir al parque lo antes posible. Nadie se fija en mí, quizás no me ven... no, es imposible los niños me deberían ver. Puede que con las prisas no se hayan fijado... ¿debería ir al parque y esperar a que me vean? Mientras todas estas dudas e inseguridades recorren mi cabeza, veo a lo lejos a una niña sentada en el suelo, con los auriculares puestos, apoyada sobre el pilar de la entrada del colegio cabizbaja. Me acerco con la esperanza de que me vea, pues solo los niños con miedos por superar pueden verme, y una vez he encontrado al niño al que debo ayudar, el resto no podrá verme.

Me acerco con sutileza, pues se le ve muy disgustada. Me siento a su lado y con un hilo de voz le saludo y acto seguido me gira la cara con un gesto de desprecio. Alucinada ante su comportamiento sigo insistiendo y le pregunto si ha tenido un día duro y una vez más vuelve a dejarme sin palabras al contestarme con voz seca:

—Ni que te importase mi vida, déjame en paz.

No puedo creer lo que estoy oyendo, tengo ganas de contestarle de la misma manera, ni siquiera es importante para mí, ¿pero quién se ha creído que es? Decido pararme y durante ese silencio tan incómodo, dejo pasar su comentario como si no hubiera salido nunca de su boca, mido detenidamente todas y cada una de mis palabras.

—Pues mi día ha sido horrible, eres la primera persona que me dirige la palabra.

—No creo que sea la persona indicada a la que deberías hablarle, tampoco creo que te vaya a mejorar el día ni lo más mínimo.

—¿Qué haces aquí sentada si ya se han ido todos los niños?

—Esos eran los de primaria, a mi aún me queda más de una hora de clase, pero paso de estar ahí encerrada.

—¿Y eso?

—¿Pero a ti qué te importa? No sé qué hago hablando contigo.

—Pues no me hables, ya te hablo yo. Si te hubieras molestado en mirarme cuando te hablo, te habrías dado cuenta de que no soy una persona cualquiera que te encuentras por la calle. Soy una amiga imaginaria. Llevo todo el día como una loca por la ciudad esperando a que algún niño me vea o me oiga. Sólo una persona con imaginación y a la vez miedos por su-

perar, puede verme. Tú eres la primera que me ha visto y quiere decir que vas a ser mi próxima amiga, y aunque no te apetezca aguantarme, está claro que tienes problemas y miedos que debes superar.

—Lo que me faltaba, no te pienso repetir ni una sola vez más que me dejes en paz.

De golpe y sin darme la oportunidad de contestarle se levanta, de una zarpada coge su mochila con rabia y se va pisando con fuerza como si fuera a dejar huella en cada uno de los adoquines que deja atrás a su paso.

—¡Encantada! —Le chillo con impotencia mientras la veo alejarse calle abajo.

—¡Que te den, pesada! —Me responde chillando inmediatamente agitando los brazos sin ni siquiera girarse.

Tengo la mente en blanco, ninguno de mis primeros encuentros había sido tan desastroso. Ojalá pudiera cambiar de niña, pero una vez encuentro a un niño con problemas, no puedo dejarle hasta que los haya superado. ¿Pero en qué estaba pensando al acercarme a ella? Si hubiera ido al parque, quizás hubiera encontrado a un niño que se ha enfadado con un compañero o a una niña a la que le han robado la muñeca. ¡Pero una adolescente! ¿Qué hago yo con una persona de esas? Si parece que los adolescentes se contagien los proble-

mas y los dramas. Más me vale empezar a pensar en algo porque, aunque la chica sin nombre no me quiera ni ver, le queda mucho por aguantarme.

Esta mañana, la estoy esperando en la puerta de su casa, ya que la seguí ayer para ver dónde vivía. Oigo como se despide de su madre con un tono dulce y amable. Pero nada más cierra la puerta, su expresión cambia totalmente a una cara de cansancio.

—¡Eh! Nuevo día, ¿preparada?

—¿Otra vez tú?

—¿Pero a dónde vas? Si el instituto está en la otra dirección.

—Odio la rutina, he decidido pasar el día por la ciudad. Sin obligaciones.

—Deberías de ir a clase por lo menos dos horas, si no, se darán cuenta de que estás faltando demasiado y llamarán a tus padres.

—Oye pues tienes toda la razón, iré ahora para quitármelo de encima cuanto antes y saldré a la una, soy incapaz de aguantar un día entero ahí dentro.

—Tengo una idea, ayer me fijé en que estabas escuchando música, te he traído unos auriculares inalámbricos para que pue-

das escuchar música en clase sin que se den cuenta tus profesores y se te pase más rápido.

—¿Para mí?

—Sí, yo no tengo que esconderme, no me ven.

La chica de la que aún desconozco el nombre, se ríe y corre hacia el instituto para no llegar tarde. Ayer pensé en un plan perfecto, aunque dejar que no fuera a clase habría sido la oportunidad perfecta para poder hablar con ella y conocer sus problemas, tengo un plan todavía mejor. Nada más conecte los auriculares, me escuchará a mí, y aunque no me podrá contestar porque la pillarían, yo en cambio voy a poder hablarle todo lo que quiera.

—Perfecto, veo que has conectado tus auriculares, no me contestes y no los desconectes, escucha atentamente todo lo que te diga. He estado dando vueltas y pensando cuál puede ser ese problema que ha hecho que te encuentre y tenga que ayudarte. Por lo que he podido observar, no tienes problemas con tus compañeros ni profesores, sólo parece que te has distanciado de la gente que te rodea y se dirigen a ti con miradas de pena. Aunque querrán tener empatía contigo, no se dan cuenta de que esas miradas son lo que hacen que no quieras ir al instituto. Y es triste ya que, revisando tu agenda, he visto que eres una alumna ejemplar. Luego, con tu madre eres muy delicada y respetuosa y no he tenido la oportunidad de

ver a tu padre. Todo esto me hace pensar o bien que tu padre trabaja muchas horas o que ha fallecido. Lo he deducido por la manera en la que le hablas a tu madre y le ocultas que no quieres ir al instituto porque con todo lo que ha sufrido, lo último que quieres es que se dé cuenta de tus problemas—. Ya que es la única que puede verme, me quedo en la clase y observo su reacción a mi pequeño discurso. Tímidamente y con disimulo, asiente dándome a entender que he acertado con mi teoría. Le pido que se concentre en la hora y media de clase que le queda y la espero en la puerta del instituto.

Ya es la una y media y sale mirándome con los ojos como platos.

—¿Cómo es posible? —Me pregunta entre carcajadas mientras sigue alucinando. Bromea diciéndome que le hace gracia que en tan solo unas horas haya podido saber tantas cosas sobre su vida y ella aún desconozca mi nombre. Le explico que mi nombre es el que me da el niño al que ayudo. Sin apenas pensarlo, pronuncia el nombre de Frida. A continuación, me dice que se llama Cris y durante las próximas horas hablamos sobre Frida Kahlo, a la que ella admira y es la razón por la que me ha puesto su nombre.

Cuando me habla sobre ella, le brillan los ojos y parece una persona completamente diferente a la que había conocido justo el día anterior. Por la manera en la que no deja de hablar

ni un segundo, me hace pensar que hace mucho tiempo que no habla con nadie sobre sus gustos. Esta vez, el día ha ido mucho mejor y me siento satisfecha por la confianza que hemos ganado. Ya es tarde y llega el momento de que hablemos sobre su problema. Le pregunto sobre su padre y mientras me habla sobre él se le inundan los ojos de lágrimas.

Me cuenta que hace apenas dos meses que falleció, en un inesperado accidente de coche. No deja de martirizarse por el simple hecho de que no tuvo la oportunidad de despedirse de él y su madre está rota desde entonces. No han cambiado de ciudad, de instituto ni de casa. Y aunque sigue teniendo las mismas amigas y conocen lo sucedido, ella no ha vuelto a ser la misma desde entonces.

Está harta de que no la miren como antes, como a una persona normal, de cargar con la etiqueta de "es la hija del que murió en el accidente de coche", de no poder divertirse como antes sin que la gente la critique por no estar mal. Si sale de fiesta, la gente no entiende como puede estar pasárselo bien cuando su padre ha muerto, pero si se queda en casa, es una persona débil y sin resiliencia.

Han pasado ya unas semanas, diría que incluso meses, el tiempo con Cris ha volado. Ha habido baches por el camino, momentos de bajón, de rebelarse contra el mundo y, por su-

puesto, de saber volver a salir a flote. Hemos tenido conversaciones hasta las tantas de la mañana, y días en los que nos levantábamos con el pie izquierdo y preferíamos no hablarlos. El mundo no es de color de rosa y, por desgracia, Cris tuvo que descubrirlo de golpe, sin previo aviso, con un acontecimiento traumático. Ha sido duro, para qué mentir, ver a una persona que lo pasa realmente mal y no sabe cómo seguir hacia delante es muy triste, especialmente cuando no sabes cómo ayudar y te sientes impotente. Pero ahora, siento una inmensa alegría que inunda cada centímetro de mi cuerpo, desbordándose por las comisuras de mi boca y el brillo de mis ojos. Una alegría que ha nacido en mí gracias a la satisfacción de la alegría de Cris.

Ella sabe que, aunque sea muy tópica la frase que voy a decir, su padre no la querría ver triste, tiene que seguir hacia delante y ponerse metas y retos cada vez un poco más difíciles. Nuestra meta diaria no debería de ser en ningún momento superar el día para que llegue antes el fin de semana, dejemos de contar las horas que nos quedan para salir de trabajar, dejemos de contar las horas que quedan para levantarnos si ni siquiera nos hemos acostado aún. Calma. Dedicar una sonrisa a cada persona que se cruce contigo por el pasillo, pon al día a tu madre cuando vuelvas a casa, sal a tomar algo con tus amigos religiosamente todas las semanas, pasea, piensa, respira, escucha.

Si algo tenemos claro las dos es que la cura para los problemas de Cris es valorar el tiempo, la gente que te rodea y el tiempo con la gente que te rodea. Dicen que el tiempo es oro, que no lo malgastes, que corras y lo aproveches. Yo digo que frenes, te lo tomes con calma y sepas disfrutarlo mientras aún es tuyo. Mi trabajo aquí ha terminado, y me voy con mucha pena, pero con el corazón contento. Cris va a sustituir todas las profundas conversaciones conmigo por otras iguales o mejores con su padre. Yo he sido su amiga imaginaria temporal, pero su padre, va a ser su amigo imaginario para el resto de su vida.

Yo, con pequeños gestos, he podido cambiar la vida de Cris. Tú, que lees estas líneas y conoces a alguien que ha perdido a un ser querido, también puedes cambiar su vida. Deja que te hable del tema si lo cree oportuno. No cambies tu manera de ser con él o ella. Y, sobre todo, debemos entender que las personas lloran y sufren en su intimidad y sonrían y disfrutaban en compañía, y es sano, muy sano.

"Cada 'tic-tac' es un segundo de la vida que pasa, huye, y no se repite. Y hay en ella tanta intensidad, tanto interés, que el problema es sólo saberla vivir. Que cada uno lo resuelva como pueda." Frida Kahlo.

LA MUÑECA

Marina Juárez Calvo

Siempre he sido una persona con muchas comodidades, mi familia siempre ha tenido una buena situación económica, tanto mi hermano como yo hemos recibido una buena educación, hemos aprendido idiomas, viajado y nos esperaba un brillante futuro en grandes universidades. Hasta este momento, aquí cuento la historia de cómo unos simples días cambiaron el rumbo de toda mi vida.

Pero antes me presento, me llamo Fabiola, tengo 15 años y vivo en Alicante, una ciudad que se encuentra en España. Actualmente estudio 4ºESO y vivo con mis padres y mi hermano. Y ahora sí que empiezo.

Como cada septiembre, al acabar el verano, nos reunimos para cenar toda mi familia para decidir el destino de nuestras Navidades. Soy la más pequeña de toda la familia, somos cinco primos: mi hermano y mi prima Marta, tienen veinte años; mis primos mellizos, Paula y Mauro, dieciséis, y luego estoy yo. Mis padres, ambos son abogados y tienen un despacho; mis tíos, mi tío Antonio es director de banco y mi tía es médico; luego están mi abuela y mi tía abuela.

Cada año le toca elegirlo a uno. El año pasado le tocó a mi tío, eligió un precioso viaje por las islas griegas en el pudimos navegar por las hermosas playas de Mikonos y ver las impresionantes casas blancas de Santorini.

Este año le tocaba a Paula. Mi prima es una buena persona, desde pequeña decía que quería aprender muchos idiomas, estudiar medicina e irse a los países más remotos a ayudar a la gente más desfavorecida. En fin, su pasión era dedicarse a los demás. Cuando desveló nuestro próximo destino yo no me lo podía creer, nos íbamos a ayudar a los más desfavorecidos a Argentina. A mí me gustaba ayudar a los demás pero desde la lejanía, es decir, mandando dinero y donando la ropa que se me quedaba pequeña, luego al ver las fotos de los niños me sentía bien conmigo misma. Sin embargo, no me hacía mucha gracia eso de irme a otro país a estar con ellos. Simplemente dibujé una falsa sonrisa en mi cara y exclamé que no podía esperar de la emoción.

Desde que dijeron nuestro destino no paraba de quejarme todo el día y decir que yo no quería ir, que me iba a quedar en casa de mis amigas, que no me importaba pasar las Navidades sola, mi madre ya no me hacía ni caso y simplemente me ignoraba, pero yo no comprendía por qué ellos estaban tan felices.

El gran día se acercaba, nuestro avión salía el 23 de diciembre y volvíamos el 27 de madrugada. Mi padre se había encargado de organizar todo el viaje, nos íbamos con una ONG, pasaríamos los días en una especie de casa de ayuda, a la que acudían desde niños hasta ancianos, pero sin embargo por las noches, dormiríamos en un pequeño hotel cercano, por la comodidad de mi abuela, ya que pocos meses atrás la habían operado de la rodilla. Tuvimos que acudir a la consulta de mi tía varias veces a ponernos numerosas vacunas, toda mi familia estaba muy emocionada, yo en cambio temía el día en el que me tuviera que subir a ese avión.

La noche de antes preparando la maleta metí lo mínimo ya que tenía miedo de que robaran algo, a pesar de que nos dijeron que el hotel era totalmente seguro. Simplemente metí la ropa necesaria, pantalones y camisetas viejas, mi neceser, mis jabones y cremas, tanto para el cuerpo como para el pelo. Ese día me fui a la cama intranquila, no sé por qué pero tenía miedo, tenía miedo de que nos pasara algo, de que nos atacaran o de que nos robaran.

23 de diciembre de 2017. Estaba sentada en el taxi que nos llevaba al aeropuerto, me tranquilizaba pensar que por delante nos quedaban varias horas de vuelo. A la hora de sentarnos en el avión me tocó al lado de mi abuela. Mi abuela era una persona muy valiente tuvo que cargar con el peso de la guerra desde pequeña, apenas era un bebé cuando perdió a su padre, y la única opción de su madre y sus hermanas fue tirar hacia delante. A los veinte años conoció a mi abuelo, él era veterinario, murió antes de que yo naciera y no le pude conocer, la verdad que me hubiera gustado, siempre me dijeron que le gustaba viajar y leer. Al morir mi abuelo, ella se fue a vivir con su hermana, a la que considero otra abuela para mí ya que ambas me han criado. Nada más subir al avión me quedé frita, la noche anterior no había dormido nada y estaba agotada.

Tirándome de los rizos me despertó mi primo Mauro para avisarme de que ya habíamos llegado. Al bajar noté que hacía mucho calor, ya nos habían explicado que allí en ese momento era verano miré hacia arriba y había un sol resplandeciente “menos mal que me he traído crema de sol”, pensé. Recogimos las maletas y nos fuimos hacia el hotel. La verdad que el hotel me sorprendió mucho, yo pensaba que sería muy cutre y antiguo, sin embargo, era amplio y moderno. En las habitaciones dormíamos de tres en tres, yo dormía con mi hermano y mi prima Marta. Nada más llegar nos recibió la encargada de la ONG, se llamaba Cristina, nos dio una alegre bienvenida a todos y nos explicó lo que haríamos durante nuestra es-

tancia. Lo primero que nos dijo es que esto no era un colegio, podíamos ir al hotel cuando quisiéramos ya fuera para descansar o para comer, que no estábamos obligados a hacer algo que no quisiéramos y que si no estábamos cómodos ella estaría encantada de prestarnos atención. Tras esto nos dijo una peculiar frase: “¿Preparados para un viaje que cambiará vuestra vida?” Enérgicamente todos respondieron que sí, yo volví a dibujar una sonrisa un poco falsa.

Un todoterreno que nos acompañaría durante nuestro viaje nos acercó hacia la casa. Recorrimos un camino de unos diez minutos y a lo lejos pude verla. Estaba construida en ladrillo, pasamos al recibidor y una simpática mujer nos la enseñó. Tenía varias habitaciones, un salón con varios juguetes para los niños, un par de clases con unos cuantos pupitres y unas pizarras, una cocina con su correspondiente comedor y una habitación llena de camas para niños huérfanos o gente que no tenía dónde pasar la noche. Nos presentaron una serie de opciones para empezar nuestro voluntariado, casi todos escogieron ayudar para construir una casa, sin embargo, mi madre, mi tía abuela y yo escogimos el cuidado de niños. Tras la marcha de todos los demás nos explicaron a las tres que el primer día no hacía falta que hiciéramos nada en especial, simplemente solo jugar con ellos o cuidarles. A mi tía abuela y a mi madre las escogieron para irse con bebés, en cambio yo debía irme con niños de unos cinco a diez años. Iba a rechistar, pero mi tía me echó una mirada fulminante por lo que, yo

sonreí y asentí, antes, en el hotel ya me había dicho que ella sabía que no me gustaba mucho este viaje, sin embargo, era algo que ilusionaba a todos y por favor que me comportara, yo le prometí que sí a cambio de que a la vuelta ella fuéramos de tiendas.

Tuve que salir al patio, la verdad que lo tenían bastante bien, allí en ese momento era verano, tenían un huerto, un pequeño parque y una zona llena de césped. Los niños estaban bajo la sombra de un árbol, al llegar vi que eran unos veinte, estaban correteando y a penas me vieron llegar. Cuando los monitores más mayores avisaron de mi llegada todos se volvieron hacia mí y me sonrieron con las sonrisas más bonitas que había visto nunca. Yo hasta los doce años no llevé aparato en la boca, hasta entonces no me gustaba mi sonrisa, mis dientes estaban descolocados y muy separados, sin embargo, a estos niños les daba igual. Me presenté y dije mi nombre, pasamos la tarde jugando y les enseñé el escondite o el pilla-pilla. Durante todo este tiempo no se separó de mí una niña muy pequeña de unos seis años llamada Débora, la verdad es que me recordaba mucho a cuando yo era pequeña, tenía los mismos rizos indomables y la piel color canela. Me llamó la atención que llevaba siempre consigo una muñeca de trapo y nunca la soltaba ni se la dejaba a nadie.

A los lejos vi llegar el coche que llevaba a los demás, bajaron todos y estaban agotados, me dijeron que ya era la hora de

irnos yo me quedé extrañada ya que se me había pasado muy rápido, me despedí de los monitores y de los niños y me subí al coche. Al llegar me duché, la verdad que estaba tan cansada que me quedé un rato en la cama sin hacer nada, más tarde mi madre me avisó de que ya era hora de cenar y bajé al buffet. Durante la cena, los demás contaron que habían estado recogiendo materiales para construir una casa a una familia de dos chicos de unos treinta años que tienen cuatro hijos pequeños, hubo una gran tormenta y su casa quedó destruida, ahora hay gente de la organización construyendo una que tenga unas buenas condiciones; ventilación, agua potable, calefacción para invierno, electricidad... Mi madre y mi abuela cuentan que ellas han estado cuidando y dando de comer a bebés muy pequeños, sus madres no tenían muchos recursos y los dejan ahí al irse a trabajar. Yo conté lo que había estado haciendo y lo de esa pequeña niña que no se separaba de mí. Optamos por subirnos pronto a dormir porque al día siguiente nos esperaba un duro trabajo.

La alarma sonó a las siete de la mañana, me vestí, me trencé el pelo, y bajé a desayunar, me lavé los dientes y me subí con el resto al coche. A mí me dejaron en la casa y los otros siguieron su trayecto hasta llegar al lugar de la construcción. Me dijeron que tenía que entrar al comedor para ayudar, estaban todos los niños en las mesas ansiosos por recibir algo que llevarse a la boca. Una monitora de unos veinte años me dijo que me colocara en las filas para repartir la comida. Era la

encargada de dar el pan; frente a mí pasaron toda clase de niños, de todas las edades, de todos los colores, pero todos tenían algo en común, su mal aspecto físico, es curioso cómo en Europa la gente tira la comida que no quiere o se obsesiona por estar muy delgado cuando esos niños a penas llegarán al peso normal. Me despertó de mi empanamiento Débora, corriendo se arrastró por el hueco que había entre la mesa y el suelo y me dio un abrazo siempre acompañada por supuesto de su adorada muñeca. Como regalo le di dos panes y me llevé los dedos a los labios en señal de que no debía decírselo a nadie. Al acabar, los niños se fueron a las clases y yo me quedé ayudando. Me quedé recogiendo los platos, barriendo y fregando el suelo. Mientras tanto los monitores me cuentan las historias de muchos de esos pequeños, desde niños que han sido víctimas del maltrato de sus padres, otros en los que en sus hogares hay violencia de género, niños abandonados, o que sus padres son adictos al alcohol o a las drogas.

Cuando terminamos era la hora del recreo, salí al jardín y rápidamente vino Débora a darme un beso, la cogí en brazos y me empezó a contar todo lo que habían hecho ese día en clase. Me dijo que estaban empezando a leer, que ya se sabía casi todo el abecedario y que si lo conseguía antes de los demás de su clase la subirían de curso y podría aprender a sumar y a restar. Me dice que si la podía trenzar el pelo. Finalmente acabé peinando a todas las niñas del patio, hice todos los peinados posibles; desde moños de bailarina, coletas altas y toda

clase de trenzas, trenzas de raíz, de boxeadora, de lado... tras esto volvieron a clase, luego vino la hora de comer, por la tarde jugamos un rato al fútbol. En la hora de cenar esta vez me senté en las mesas y les enseñé canciones que se cantaban en la mesa o jugamos al teléfono escacharrado, la verdad que era muy bonito verles sonreír. Al acabar la cena volví a ayudar, pero esta vez a acostar a todos aquellos que se quedaban a dormir ya sea por diversos motivos; porque no tenían padres o porque sus padres trabajaban por la noche. Esa noche un monitor me contó la historia de Débora, sus padres habían muerto cuando ella a apenas tenía tres años, no tenía ningún familiar que la pudiera acoger, por suerte un profesor que ayudaba en la ONG la encontró y consiguió llevarla allí. Pregunté que qué era esa muñeca que llevaba siempre con ella. Me respondió que era lo único que conservaba de sus padres y que no dejaba que nadie la tocara, solo ella.

Cuando todos estaban ya dormidos vino mi familia. Era muy tarde y sabíamos que la cocina del hotel iba a estar cerrada así que los monitores nos dijeron que si queríamos cenar allí; nosotros aceptamos encantados, cuando uno tiene hambre no se pone exquisito con esas cosas. Me contaron que ya habían conseguido recolectar los suficientes materiales y habían empezado a construir la casa. Al acabar nos despedimos y nos dirigimos al coche.

La mañana siguiente me desperté incluso antes, baje rápido a desayunar y cogí todo tipo de comida que pudiera llevar al campamento para darles a los niños. Escribí en una hoja a mis padres que me iba antes y se la dejé sobre la mesilla. Llamé al conductor y me vino a buscar. Cuando llegué todavía estaban dormidos así que me metí en las cocinas para ayudar a preparar el desayuno. Luego me avisaron para ir a despertar a los niños. La verdad es que ninguno se quejaba al despertarse pronto para ir a clase, al contrario de mí, que cuando hay clase siempre me despierto gritando y enfadada con el mundo por tener que ir al colegio. Sin embargo, ellos no. Se levantaban enérgicos y alegres con la esperanza de aprender algo nuevo. En el desayuno me iba pasando por las mesas dándoles lo que había cogido en el buffet, todos se alegraban por poder comer dulces, les di croissants, magdalenas, chocolate... y a la pequeña Débora que era la más chiquitita yo creo que de los de su edad le di tres donuts y le dije que para su muñeca un trozo de chocolate para que también desayunara. Ese día el encargado dijo que como cada jueves habría menos clases ya que era el día de duchas.

La mañana pasó en un *pis pas*, entre recoger el desayuno, limpiar toda la cocina, también estuve ayudando un rato en la habitación de los bebés, además, se empezó a impartir un curso. Estaba sobre todo enfocado a mujeres, ellas sufrían tanto maltratos físicos como psicológicos por parte de sus maridos. La verdad que fue algo que me dejó totalmente im-

pactada. En ese curso se las ayudaba a superar esos problemas. También se les enseñó varios oficios, como el de carpintería o el sector textil, para que se formaran y así pudieran encontrar un trabajo y reunir la suficiente valentía como para abandonar su hogar.

Llegó la hora de las duchas, yo muy motivada para ayudar, me acerqué a los monitores y les pregunté que dónde se encontraban las duchas. Ellos se empezaron a reír y me dijeron que no tenían duchas, ni siquiera jabón, lo único que se les hacía era mojar con una manguera a presión para quitarles la suciedad y tras eso, se volvían a vestir con la misma ropa. Al oír eso, les pregunté que si me podían esperar unos veinte minutos que se me había olvidado una cosa muy importante en el hotel. Fui corriendo, le pedí al conductor que por favor me llevase lo más rápido posible, parece que hizo caso, porque pisó el acelerador y en unos cinco minutos estaba en la puerta. Subí rápido a la habitación cogí una bolsa y empecé a meter dentro todas las cosas que me había traído, exceptuando alguna. Bajé y en un abrir y cerrar de ojos volvía a estar en el campamento. Abrí la bolsa frente a los monitores, allí había de todo, peines, mascarillas de todo tipo, cremas, ropa para las niñas. Les dije angustiada que no había podido traer más porque al estar aquí tan poco tiempo no me había traído casi nada. Ellos me respondieron que con todo eso sobraría. La verdad, que la hora de la 'ducha' fue muy divertida, fue gra-

cioso ver a los niños correr y jugar para ver quién era el primero que se mojaba.

A la hora de la cena, en el comedor, todos los niños se olían los brazos porque según ellos olían rico, se admiraban de su nueva ropa, y tocaban su pelo sedoso y desenredado.

Al llegar mi familia dijo que tenían que hacer las maletas, ya que nuestro avión salía el día siguiente y querían descansar que al día siguiente nos pasaríamos un rato para despedirnos. Yo también estaba cansada, esas dos horas que me faltaban de sueño por la mañana me habían pasado factura. Al llegar al hotel cenamos y luego se fueron a hacer la maleta, yo la verdad que no tenía mucho que ordenar, todo lo había donado, tan solo me quedaba la ropa que llevaba puesta, el cepillo de dientes y una camiseta que por supuesto llevaría al día siguiente para dársela a Débora. Me tumbé en la cama y no tardé ni siete segundos en dormirme.

Siete de la mañana, alarma, último día. Me encontré con mi familia, en el desayuno nos cuentan que el aeropuerto está lejos y que tenemos que estar unas dos horas antes para facturar, por lo que saldríamos del campamento sobre las doce. Mientras tanto, ellos aquella mañana se iban a quedar conmigo, me dijeron que el día anterior se habían despedido de la familia a la que estaban ayudando y que la casa había prosperado mucho.

Al llegar, nos habían preparado una ‘minifiesta’, allí disfrutamos de algunos bailes regionales, nos hicieron peinados de la zona e incluso nos prepararon una deliciosa comida, además nos dieron dibujos que nos habían hecho los niños. Yo me dediqué a pintar junto mis primas a los niños más pequeños con las pinturas que tenían allí. Les pintamos de mariposa, de mariquita, de Spiderman, de Batman...y a Débora de princesa. Era curioso cuanto cariño le había cogido a esa pequeña que poco a poco fue robando mi corazón entero. Los chicos jugaron junto a los niños más mayores al fútbol. A la hora de macharnos los monitores principales nos dedicaron unas preciosas palabras, nos dijeron que muchas gracias por mirar el mundo tal como es, que gracias por dedicar nuestro tiempo libre a los demás, y que sobre todo se necesitaba de más gente como nosotros. Fue un discurso muy emocionante, y no puedo negar que solté alguna lagrimilla que otra. Justo cuando me había despedido de la gente y me iba a meter en el coche que nos llevaba al aeropuerto se acercó corriendo Débora me dio un abrazo y me dijo que nunca me olvidaría y que era la mejor persona que había conocido nunca, tras esto me dio su muñeca de trapo. Era lo único que le quedaba de sus padres, en verdad, lo único que le pertenecía por exclusividad en este mundo y me lo ofreció a mí. Ahí sí que me derrumbé y me puse a llorar como una magdalena, me di cuenta de lo mala y lo egoísta que había sido hasta ese momento que solo me preocupaba por mí misma.

El camino al aeropuerto me lo pasé entero hablado con mi familia contamos lo que nos había parecido este viaje, contamos anécdotas graciosas, vimos fotos...

Y aquí estoy, montada en el avión. Os cuento, son las ocho de la tarde, todavía nos quedan unas cuantas horas de viaje y aquí estoy yo escribiendo el viaje que me ha cambiado la vida, he visto la parte más dura de este mundo, niños sin padres a los que nadie ayuda, mujeres maltratadas, niños que ni siquiera tienen una ducha digna para lavarse. Hay un mundo ahí fuera que hay que mejorar, hambre, desigualdades, violencia, falta de recursos, injusticia, falta de educación y un largo etcétera. Pero una cosa sí que tengo clara, hasta este viaje las únicas cosas que me habían hecho feliz eran cosas materiales como un nuevo móvil o ropa cara, sin embargo, aquí he descubierto la felicidad, pero no esa felicidad que nos vende la sociedad, esa felicidad que solo adquieres si tienes el mejor móvil o la chaqueta que está de moda, sino la felicidad de ser uno mismo y no tener miedo a mostrárselo a los demás.

TRIBULACIONES ONÍRICAS

Braden Flores Quesada

El doctor López era un señor bastante adinerado, ya que era uno de los médicos más importantes de su país. Ya estaba cansado de ver que el sistema mundial no hacía lo suficiente por aquellas personas que necesitaban una sanidad urgente. Un día, mientras estaba en su despacho sentado en su silla de piel pensó que aquellas personas podían depender de él, esto le creó una idea revolucionaria en la que se vio en la obligación de tomar parte e ir a ayudar a las personas que lo necesitaban.

Todo su despacho estaba lleno de objetos lujosos de los que cada vez se sentía más indignado al observarlos, entre ellos su

última adquisición: La nueva máquina de Nespresso que le observaba como si le ofreciese un café. Mientras sostenía la cápsula de Etiopía, levanto la mirada y recordó a su viejo amigo Pierre. En aquel momento pensó “Que habría sido de aquel joven estudiante de medicina que se vio obligado a abandonar los estudios para ayudar a su padre en un viejo hospital de Tanzania”

Unos días más tarde decidió ponerse en contacto con él, todavía conservaba su número de teléfono ya que en un pasado habían sido íntimos amigos de universidad. Ahora López estaba intrigado por ayudarlo y por conocer cómo sería su vida del día a día, así que tomó la intrépida decisión de viajar hasta Tanzania para visitar a su viejo amigo.

Una vez allí, se quedó sorprendido, para él fue un duro enfrentamiento con la cruda realidad al observar tanta pobreza a su alrededor. Era un país extremadamente subdesarrollado; Niños muriéndose de hambre por las calles, gente con enfermedades cuya cura todavía no existía, hospitales en condiciones pésimas, niños sin poder tener acceso a una educación decente.

Se dio cuenta de que viajar a África de un modo turístico, como él lo solía hacer, no tenía nada que ver con la realidad que vivía aquella gente. Algo que le dejó todavía más impactado fue entrar en el viejo hospital donde trabajaba su amigo. Allí pudo observar gente en el suelo por falta de espacio, ni-

ños con altos síntomas de desnutrición, familiares desesperados que reclamaban la urgencia de un médico.

Sin embargo, todo esto se le esfumó de la mente cuando a lo lejos logró contemplar a un hombre que destacaba entre la multitud debido a su vestimenta de color blanco. No lo podía creer, estaba viendo a su viejo amigo, Pierre. Después de más de veinte años, seguía teniendo ese aire descuidado con el pelo deshecho y las gafas deslizándose por su afilada nariz.

Lo observó por un instante, y sin darse cuenta, una sonrisa se le dibujó en su rostro. Pierre gritaba emocionado su nombre, pero en la mente de López, parecía haberse detenido el tiempo, el recuerdo le nublabá sus ideas y aquellos años de universidad regresaron a su cabeza, su viejo y querido amigo, con el que había compartido tantas noches de juerga, apuntes desgastados entre sus dedos y esa sensación de llegar tarde a la hora del examen.

El fuerte abrazo de Pierre le devolvió a la realidad. Sintió dos fuertes golpes en la espalda, típico de su amigo, esto le llevo a pensar, que a pesar de que el tiempo y los años hubiesen pasado, todo parecía ser igual que antes.

—Don Rafael López, no te puedes imaginar cuanto me alegro de verte.

—Pierre, amigo, no tengo palabras para describirte lo que siento en este momento, ha pasado mucho tiempo, pero todavía

logro recordar, como si de ayer se tratase, todos y cada uno de los momentos que hemos compartido.

—Sí, qué tiempos aquellos, pero eso forma parte del pasado. Ahora todo es distinto, tengo que trabajar día y noche para salvar vidas humanas, y aun así, miles de personas siguen muriendo cada día.

—Pierre, me gustaría ayudarte. Creo que podré quedarme algunos días más de lo que tenía previsto. Al fin y al cabo, no dependo de ninguna familia.

—¿De verdad?, ¿no sabes cuánto lo agradecería! Pero, ¿todavía no sabes nada de tu familia?

—Supe por el investigador privado que mi mujer falleció en un pueblo del norte de España, buscamos durante años el rastro de mi hija, Elise, y el del supuesto padre que llegué a saber que compartía su vida, pero fue como ir tras el humo, ni rastro de ellos...

—Debe de ser horrible. Pero, ¿sabes qué?, tengo el presentimiento de que algún día la encontrarás.

—Yo también quiero creerlo Pierre, siento que parte de mi vida está latiendo en algún lado, en fin... hablemos de barcos, ¡Me quedo!

–Sí, ahora tenemos muchas cosas que hacer, entre otras, creo que podrías echarle una mano al cirujano del hospital, es muy mayor y está bastante enfermo.

–Por supuesto, pero antes creo que debería buscar un sitio en el que poder dejar mis cosas.

–De eso no te preocupes, mi padre las dejara en mi casa.

–Muchas gracias, por cierto, ¿cómo está tu padre?, hace mucho que no lo veo.

–Mi padre, bien, a pesar de su edad, todavía conserva ese espíritu trabajador que lo impulsa a seguir luchando.

–Me alegro, tengo muchas ganas de verlo.

–Le emocionará saber que has venido.

López no podía entender cómo un cirujano podía hacerse cargo de todo un hospital.

Pierre le condujo rápidamente a su primer paciente. Era un niño llamado Totazmer. López miro a su alrededor, pero las medicinas que encontró fueron escasas. Su paciente padecía de una grave mordedura de serpiente, así que lo que debía hacer primero era desinfectar la zona. Solamente disponía de un líquido amarillento para hacerlo. Por su color ni si quiera parecía estar en buen estado, también encontró un bisturí del que dudaba de su buen corte, así que saco su maletín, el cual

siempre llevaba encima e improvisó unos cortes en la zona que hicieron brotar la sangre expulsando el veneno. Cortó la hemorragia y desinfectó la zona vendando rápidamente la herida mientras presionaba las gasas taponando toda mínima salida de sangre.

Vertió el contenido de su maletín en la mesa y Pierre se quedó impresionado de ver tantos antibióticos juntos, su rostro cambió de color, todo aquello sería de gran utilidad en un viejo hospital donde comenzaba a escasear hasta lo más esencial.

La madre de Totazmer estaba feliz de ver a su hijo fuera de peligro, hacía solo 20 minutos sus ojos estaban faltos de esperanza y solo la duda invadía su mente.

En ese momento, López pudo sentir la gran diferencia de ser médico en la otra parte del mundo. La improvisación, el miedo que llegó a sentir y la satisfacción posterior por la felicidad en el rostro de la señora Kuzán era la respuesta.

Al día siguiente escribió un telegrama urgente a su hospital y horas después un avión salía de España cargado de kilos de medicamentos, utensilios de última generación y provisiones de alimentos para enfermos. El doctor López supo que lo primero que debía hacer era reformar aquel viejo hospital.

No tardó mucho tiempo en convertirlo en uno de los mejores hospitales de todo el continente. La gente de allí lo admiraba

como a un héroe y Pierre junto a su padre, no sabían cómo agradecerse. Estos hechos fueron los que le revelaron su futuro. Debía quedarse allí para siempre.

Habían pasado muchos años, el doctor López parecía ya no recordar a su hija debido a que nunca quería hablar del tema, pero en el fondo, la echaba de menos. Después de tanto tiempo pasado, todavía sentía un gran vacío en su interior que le removía los recuerdos y lo llenaba de melancolía en situaciones de pesar, Elise ya tendría treintaicinco años.

López estaba pensativo en su despacho cuando entró Pierre cargado con un montón de expedientes académicos de los futuros aspirantes españoles que deseaban trabajar voluntariamente para mejorar su currículum en su hospital.

—Rafael, parece ser que somos un punto de referencia para los médicos, sobre todo por tu presencia. Mucha gente quiere venir, pero no podemos acoger a más de seis. Necesitaré que me ayudes a seleccionar a los mejores, tú tienes más experiencia en esto.

—Por supuesto, lo haré gustosamente.

Rafael llevaba un largo tiempo revisando expedientes cuando le llamó la atención uno en concreto que destacaba por sus altas calificaciones. Continuó leyendo el currículum y se quedó sorprendido por el gran interés en ayudar a los demás que desprendía aquella joven a través de su carta de solicitud. Es-

taba tan concentrado en sus aptitudes, que no se había parado a revisar sus datos personales. Fue al retroceder las páginas para averiguar más sobre ella cuando se le cayó la taza de café al suelo. Su nombre era, Elise. La fecha de nacimiento coincidía con la de su hija. Sin embargo, su primer apellido le confundía: “¿y si su madre le había cambiado el apellido con fin de borrar el pasado?” Rafael se cubrió con su falsa y fría coraza. La misma que había utilizado durante tantos años para protegerse y ocultar su malestar. Dejó el expediente encima de la mesa y pensó que su obsesión le estaba jugando una mala pasada y que todo aquello debía de ser fruto de su imaginación. Sin embargo, no pudo evitar aceptarla.

Había amanecido en África, aquel día la intensidad del calor era todavía mayor de lo habitual. Rafael no podía dejar de sudar, y sentía un nerviosismo incontrolable que hacía temblar su cuerpo. Si su hija estaba en aquel viejo autobús que estaba a punto de llegar, él lo sabría al instante. Tal y como aquellos jóvenes iban bajando del autobús, podía verse en sus rostros una mezcla de miedo, sorpresa e ilusión.

Al bajar, el polvo del camino recibía a modo de bienvenida a sus impecables zapatos. Los niños africanos corrían alegremente cantando y bailando a su alrededor. Lo primero que divisaron aquellos jóvenes médicos fue el nuevo y reformado hospital en el que iban a trabajar. No podían evitar mirarlo ya que su nueva reforma fusionaba la nueva arquitectura y su

blanco color, con el salvaje fondo de África, creando un increíble contraste que los dejó paralizados. Rafael no podía apartar su vista del autobús. Desesperado, le empezaban a sudar las manos cuando de repente, vio el rostro de su ex mujer reflejado en una joven. En ese instante, algo en su interior le susurró que ella era la persona a la que buscaba. No sabía que decir, así que guardó silencio.

Junto a Pierre, el doctor López comenzó a mostrarles las instalaciones. El señor Bernardo (el padre de Pierre) estaría muy orgulloso de haber podido compartir aquel momento con ellos. Aunque Pierre sabía que desde algún lugar, las personas que nos dejan pueden verlo todo.

Debido a la modernidad de las instalaciones del hospital, los médicos olvidaron por un instante que estaban en África. También les sorprendió el buen estado de las habitaciones en las que iban a estar alojados. Eran tan sencillas como acogedoras. Rafael quiso dar las indicaciones:

—Estarán cansados, el viaje ha sido largo, aséense y nos vemos a las diez en el comedor.

Todavía eran las nueve y media, pero Rafael ya estaba nervioso. Los médicos empezaron a entrar en el salón, y al sentarse, dio la casualidad de que Elise se situó justo en frente de Rafael. Elise comenzó a hablar sobre su proyecto de investiga-

ción que evitaría muertes por la enfermedad de la Malaria, algo que a Rafael le pareció muy interesante.

—Don Rafael, he oído hablar mucho de usted, leí su último libro ya que trata sobre este tema, y me dejó fascinada.

Rafael tenía la boca seca de los nervios y tuvo que beber agua para poder contestar.

—Elise, veo conveniente que subas a mi despacho mañana a primera hora para hablar del tema. De esta manera podríamos compartir el proyecto juntos. Si te parece bien claro.

Elise dijo un sí inmediato acompañado por una sonrisa resplandeciente la cual, iluminó todo su rostro.

A la mañana siguiente, Elise entró por la puerta del despacho de Rafael cargada con toda su investigación. Se dio cuenta que el doctor tenía unas terribles ojeras. Rafael no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Ya se había puesto en contacto con su investigador privado. Por primera vez, había cometido una ilegalidad, pero pensó que era como una pequeña mentira piadosa que después explicaría a su amigo Pierre. Había cogido todos los datos confidenciales de Elise y los había enviado a España.

—Buenos días, Elise, deseo que hayas descansado.

–Sí gracias, muy bien, aunque tendré que acostumbrarme al calor y al sonido de los animales. Usted no parece haber descansado bien.

–Sí, es cierto, no he dormido bien, el calor es algo a lo que uno no llega a acostumbrarse aquí en África.

Rafael la invitó a sentarse, le sirvió una gran taza de café y comenzó a ojear todos los archivos de Elise. Le parecía increíble que aquella muchacha hubiera realizado ella sola tan excelente trabajo y sobre el mismo problema que le había robado a él tantas horas de sueño. Sonrió mientras la miraba y pensó que debía de formar parte de su equipo.

–Elise creo que tu investigación es buena, el mundo necesita médicos como tú y mi proyecto también.

–¿Qué quiere decir, Doctor López?

–Que, si está de acuerdo, todos los días antes de comenzar su trabajo habitual en el hospital, tendrá una cita en mi despacho y los viernes reunión a las 21:00 con el resto de equipo médico.

–No sé si le he entendido bien, ¿quiere decir que puedo formar parte de su proyecto? Yo, no creo que pueda hacerlo, no tengo suficiente experiencia y... apenas he avanzado tanto como parece, doné todos mis ahorros para la investigación y ahora...

–Elise, esto es verdaderamente bueno y no voy a aceptar un no como respuesta.

–No, si no quiero rechazarle, es que no me lo puedo creer, para mí sería, quiero decir es un sueño trabajar con usted.

A Elise le salieron unas lágrimas de felicidad, acababa de llegar a aquel lugar y era como si una luz le hubiese guiado en su camino hacia lo que tantas veces había soñado.

–Don Rafael me gustaría preguntarle algo. ¿Nos hemos visto antes?, su voz me resulta tan familiar...

–No, no lo creo, no he estado en España desde hace muchos años, además, yo vivía en el Sur y tú eres del Norte.

–Usted es ese tipo de personas a la que a una le resultan cercanas. Ojalá hubiera podido tener esta conversación con mi padre, él nunca me ha apoyado en nada de esto. Por eso, decidí venir a África, mi lugar estaba aquí, a pesar de que lo he perdido para siempre.

Rafael se miró el reloj como excusa ya que ni la saliva le pasaba por la garganta y despidió a Elise muy educadamente.

–Es tarde Elise, ¿no querrás llegar tarde en tu primer día de trabajo?

–No, claro que no, lo siento, no me había dado cuenta. Nos veremos en el almuerzo.

Elise salió y Rafael se disponía a salir cuando recibió una llamada desde España, era su investigador privado.

–Rafael, todo este puzle encaja, la documentación que me has facilitado ha sido de gran ayuda, es tu hija.

Rafael no podía articular palabra, lloró, sonrió, y siento que su vida renacía en aquel instante.

–Rafael, ¿me estás cuchando?

–Disculpa Aurelio, tengo que dejarte, hablaremos más tarde.

Después de colgar, lo primero que hizo fue ponerse en contacto con sus abogados para regularizar su testamento a favor de su hija. El día transcurrió con normalidad. Fueron varias veces las que se encontró con Elise, sin embargo, la observó desde la distancia mientras pensaba en todos los momentos que se había perdido de su vida. Al día siguiente, cuando Elise acudió a su despacho por la mañana, decidió revelarle la verdad.

–Elise siéntate, tengo que hablar contigo.

–No estoy preparada para formar parte de su equipo ¿verdad?

–Siempre has formado parte de mi equipo.

–No sé qué quiere decir.

Fue entonces cuando Rafael puso encima de la mesa un viejo álbum de fotos. Lo abrió por las primeras páginas y se lo entregó a Elise. Los grandes ojos de Elise comenzaron a nublarse, no comprendía nada, aquel álbum contenía fotografías que recordaba haber visto en su casa. Pero sin duda alguna lo que más le impactó fue una foto en la que estaba ella junto a su madre y en brazos de Don Rafael.

—Pero, no entiendo, ¿qué tiene usted que ver con mi familia?

—Elise, te he buscado durante todo este tiempo. Siempre he sabido que estabas viva. No puedo culpar a tu madre de su marcha, puesto que entregué mi alma a los enfermos, día y noche.

Don Rafael sostenía una cápsula de Etiopía cuando cayó al suelo desmayado. Su vejez le jugó una mala pasada, no pudo resistir semejantes sensaciones, sufriendo así, un paro cardíaco. Elise perpleja por sus palabras corrió a socorrerlo. Rafael abrió los ojos y la cogió de la mano.

—Elise, tienes los ojos de tu madre, y la misma sonrisa, pero tu corazón es idéntico al mío. Me atormenta saber que mi vejez se interpone entre nosotros, y separa nuestros caminos. Siento que te he encontrado solo para volverte a perder.

Elise con lágrimas en los ojos no pudo evitar apretarle la mano diciéndole:

—Nunca me perderás. Padre.

Elise lo abrazó fuertemente y comprendió que el mayor legado que un padre puede ofrecerle a su hijo es la libertad de compartir todo aquello que ama. Por eso, decidió permanecer en África, para siempre.

*«Todo lo que hacemos, es como una gota en el océano,
pero sin esa gota, el océano estaría vacío»
Madre Teresa de Calcuta*

Sección de Bachillerato

A LA VEZ

Luisa Ripoll Alberola

No-tan-buenos días. Es temprano. Mis párpados no se levantan por el pegamento de mis legañas. Cuando mis nervios hacen la fuerza suficiente y abro los ojos, la luz es más clara que la que me imaginaba en mis sueños. Me escuecen y vuelvo a cerrarlos. Cuando consigo vencerme a mí misma y me intento incorporar, vuelvo a tumbarme. Ayer me quedé tarde en la noche escribiendo mi segundo libro. Me ilusiona por la noche, pero me hace odiar las mañanas. Soy un animal y escribo cuando todos duermen. Me encanta la sensación de

sentir que todos duermen cuando yo sigo despierta. Pero a la mañana siguiente no hay quien me levante.

Sé que Sally está en la misma situación. Sally, de Essex, Inglaterra, tiene siempre puesto el despertador a las 6:30 excepto los domingos. Estudia derecho. Ella también está cansada y no sabe si quedarse durmiendo. Como yo, aunque siente la atracción electrostática del edredón, hace suficiente fuerza para compensarla y se levanta.

En Ginebra, Suiza, Wilson va a su trabajo rutinario, de oficina, mecánico. Se siente inútil pero no tiene un motivo de suficiente peso como para dejar su puesto y cambiar de vida.

Teresia vive en Kenya, en una aldea masai. Está en la puerta de su casita mirando la fina línea entre tierra y sol. Está al borde de las lágrimas. Tiene diabetes, una hija viuda y cinco nietos a los que cuidar. Duermen todos acurrucados en dos colchones sin sábana.

Una hermana de clausura, sor Faustina, mira por la ventana del convento y ve a un par de personas pasar. No importa dónde esté, porque una habitación no significa nada para el mundo exterior, y nadie al pasar por la calle, ninguna de las personas que pasan por delante del portal, se pregunta cuántas habitaciones habrá en cada edificio y cuántas personas en ellas viviendo su intimidad.

Aamaal, una chica en Teherán, la capital de Irán, infringe la ley en medio de la calle y los policías se la llevan y la arrestan.

En Bombay están Erick y Pamela, una pareja europea en su luna de miel. Es la misma hora en Nepal, donde Krishna, un monje budista de veintiocho años, el más joven de su comunidad, permanece meditando, impasible, impasible al cambio.

En Wuhan, en la provincia de Hubei, en China, Ming se cruza en la calle con Hui Ying, una chica que va en dirección contraria, y se miran a los ojos dos segundos. En el segundo siguiente Hui Ying se cruza con una Kumiko, con dos chicas que se llaman Yi jie y que no se conocen entre sí, y con otra chica que se llama Qi, como su madre.

En Nueva Zelanda es por la tarde y está teniendo lugar el primer Congreso del Océano Índico, en el que se reúnen los representantes políticos miembros del Tratado de Cordialidad para tratar temas de las islas, tan pequeñas que a veces se invisibilizan sus problemas, para obtener apoyo internacional y para debatir soluciones locales. Es el turno del siguiente discurso. El representante político de las Islas Salomón es la voz de la naturaleza: el aumento del nivel del mar destroza el paraíso que le dio la vida a él, su país, su casa.

En una casa de Kailua, en el condado de Honolulu, Hawaii, Paul, un niño de ocho años, está tumbado en el sofá con el iPad y sus padres sentados a su lado viendo un partido de

fútbol en la televisión. Paul se enrabieta porque quiere que le compren ese libro que tanto le gusta, que ha seleccionado en Amazon y que es incapaz de comprar porque no se sabe el número de cuenta ni qué es PayPal. Sus padres le tranquilizan y le dicen que mañana irán a la librería a comprárselo.

Charles da un paseo nocturno, y nota cómo el hielo se derrite a sus pies y deja sus huellas encharcadas. Hacía años que Charles no sentía tan poco frío en Alaska.

Atkins, en el condado de Pope y en el estado de Arkansas, es una localidad dormida; solo hablan sus luces, a susurros para no despertar a los vaqueros de los sueños de sus habitantes.

Las tortugas endémicas de las Galápagos ponen sus huevos.

En Colombia, un hombre va conduciendo por una carretera nacional transversal, en el tramo de Puente Arimena-El Porvenir. La carretera está vacía y oscura, y él está triste. Escucha una cadena nacional que, por influencia de los Estados Unidos de América y sus peculiaridades, transmite en directo un programa de interacción oyente-locutor a través de llamada, como si fuera aquella película de Tom Hanks. Él está triste no solo porque en la carretera no haya nadie y esté oscura. Está triste porque su hijo ha fallecido de cáncer de próstata. Tiene un nudo en la garganta que le impide llorar ni desahogarse y parece que sea su propia muerte la que ha venido con la de su hijo. Llama al programa, como un grito en el vacío, por sen-

tirse escuchado, aunque sea por un gurú de las relaciones amorosas insatisfactorias.

En Sabana Perdida, Distrito Nacional, Santo Domingo, República Dominicana, Ronny, un estudiante de cuarto de bachillerato, habla en clase sin prestar atención a lo que dice Santa, su profesora.

No sé por qué ahora me acuerdo de un conocido. En estos mismos momentos estará durmiendo, creo. Conozco a un escritor que vive en Santiago de Chile, que está al tanto de las técnicas innovadoras de la narrativa hispanoamericana independiente, de la que no nos llega porque no está pensada para el público de masas y las editoriales no las venden mundialmente. No sé si es filólogo, pero culto sí que es. Aún así, escribe en una lengua minoritaria, el mapuche, que pocas personas entienden, siendo menos personas receptoras de su amistad con el genio de la lengua.

En Nueva York, Jim, estudiante de un doble grado en Biología y Empresa en la universidad de Nueva York, que obtiene la máxima ayuda para financiarse sus estudios, trabaja los fines de semana en la tienda de la NBA y juega al baloncesto en la cancha de su barrio cuando tiene tiempo, nota la presión. Tiene que estar a la altura de la competitividad de América y justificar la beca con sus notas. Además, hay que saber llevar el estrés en Nueva York, que es una ciudad que vive estresada hasta en vacaciones de verano. Va en el metro que

le lleva desde su barrio, Norwood, en el Northwest Bronx. “Quién sabe los crímenes que habrá cometido...” piensa la chica que va en el tren al ver a un negro tan negro como Jim. Jim se despierta sobresaltado. Era una pesadilla. A veces se siente inseguro por su color.

No sé qué pensar. Somos tantos, todas estas personas, vi- viendo al día, en el mismo instante. No me creo que todo sea malo, o un sinsabor, o un tono grisáceo que no se aclara por más que la mezcles con acrílica blanca. Porque sé que Sally, de Essex, se levanta todos los días, excepto los domingos, a las 6:30, y no porque tenga clase a esa hora, sino porque sabe que a las 6:38 en punto su vecino de arriba Ben la está espe- rando. Ben, de cuarenta y pocos años, está deprimido, y va a su trabajo mediocre a esa hora. Sally siempre ha sentido sim- patía por Ben y le gusta bajar en ascensor a su lado. Aunque hablen de temas banales como el tiempo, la liga de fútbol..., es el único momento del día en que Sally ve a Ben sonreír. Es su pequeño ritual, su secreto, el de dos amigos que transmiten sus inseguridades a través de una sonrisa y un par de palabras sin importancia. Sally sabe que Ben es feliz en ese momento de normalidad, se lo dicen sus ojos. En el portal, Ben deja salir a Sally primero. Él cruza la calle y ella se mete en la calle de la izquierda mientras se despiden.

Sally está muy cansada. Gira a la izquierda. Se da cuenta de que hoy apenas ha dormido. Gira a la izquierda. Piensa en

qué se pondrá para ir a la universidad, pues ahora va en chándal. Gira a la izquierda. Ha dado la vuelta a la manzana. Saca las llaves, abre el portal, sube el ascensor (esta vez sola), abre la puerta, entra en su casa y se tumba en la cama. Su primera clase del día (Código penal) es a las nueve.

Wilson se siente inútil por su trabajo rutinario. Está esperando en el semáforo de un paso de cebra a que se ponga en verde. Está pensando. Wilson estudió Derecho y acabó trabajando en temas relacionados con Relaciones Internacionales, como quería. Llega a su despacho y se sienta. Trabaja en la sede en Ginebra de la ONU. Mira por la ventana. Saca unos papeles y los revisa por encima. Más concretamente trabaja en el FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura). No es más que un funcionario. Pero lee el informe que había cogido al azar de su mesa y empieza a leerlo, pero a leerlo de verdad, no a mirar las letras o revisarlo leyendo una oración de cada veinte. Lo lee y se da cuenta de que gracias a él, que se leía ese informe, y gracias al encargado de redactar aquel aburrido documento, la ONU funcionaba. Se dio cuenta de que un organismo tan grande necesita todas las pequeñas células que formaban su cuerpo. Se sintió útil, como si él mismo hubiera pertenecido a la comisión de redacción de los Objetivos del Desarrollo Sostenible.

Teresia, en Kenya, esperando en la puerta de su casa y a punto de llorar, empieza a correr cuando ve un puntito en la ca-

rretera acercándose. Ya ha roto a llorar y corre descalza por la tierra. Llega por fin el tanque de agua que esperaba. Se lo han financiado unos chicos de una escuela española. El camión llega a su casa, ella llega corriendo detrás. Ahora sus nietas podrán ir a la escuela en vez de pasar el día yendo y viniendo a por agua al poblado de al lado. El agua fina y suave podrá ayudarle a mejorar su salud, su diabetes, y la salud de su familia. Mira al cielo azul realmente agradecida.

Sor Faustina, la hermana de la caridad, clausurada pero eternamente feliz por seguir adelante con su vocación, mira por la ventana, ve pasar la gente. Es consciente de que nadie piensa en ella, pero le es igual. Ella sigue rezando por conocidos, desconocidos, por el Bien, la Justicia y la Igualdad.

Aamaal ha infringido la ley en mitad de la calle, en Teherán, a eso de las diez y media de la mañana. En Irán está prohibido que las mujeres se quiten el hiyab. Ella sigue los pasos de otras mujeres y se quita el velo para reivindicar su libertad. Lo levanta mientras unos policías la arrestan.

Erick y Pamela, en su luna de miel en Bombay, no están afincados en un resort. Duermen en una hospedería jesuita, hacen del turismo una actividad sostenible al pasear por las calles de la ciudad, estar en contacto con el hindi, con la cultura y las personas. Compran en los mercados, los jesuitas les preparan platos típicos y reciben su comida de un dabbawala si se van de excursión.

Krishna, el joven budista que medita mientras se vive la época frenética actual, inspira a los demás a respirar, tanto a los turistas y locales que vienen a la comunidad para donar alimentos como a sus aprendices. Lleva una dieta vegetariana por “respetar a todos los seres vivos”, tal como dice su religión. Respira equilibrio y escucha atentamente.

En Wuhan, en esa calle tan alborotada, Ming, que va a comprar medicinas para su mujer, se cruza con Hui Ying, que ha adoptado gatos abandonados en las calles y viven en su casa. Hui Ying se cruza con Kumiko, experta en bonsáis, que pretende acercar la cultura japonesa a la juventud china por medio de talleres. Así, los jóvenes aprenden a expresarse por nuevas artes, a la vez que eliminan barreras o prejuicios hacia Japón. Se cruza con dos Yi jie que no se conocen entre sí. Una lidera una empresa de alquiler de bicis para los ciudadanos de Wuhan, localidad muy poblada y muy contaminada; la otra es profesora y cambia el mundo día a día dando nuevas esperanzas a sus niños. También se cruza con Qi. Qi hace voluntariado con un grupo de reforestación en las afueras.

En Nueva Zelanda, en el Congreso del Océano Índico, el líder político de las Islas Salomón conmociona con su discurso. Al acabar le abraza una llamarada de aplausos. Muchos de los diplomáticos que atendieron a esa ponencia no volvieron a ver el cambio climático con el mismo filtro de indiferencia.

En la casa de Kailua en Hawaïi, Paules el niño que pide a sus padres un nuevo libro de malas formas. Ellos, al ver que el libro que pedía era mi último cuento infantil, *20 formas de valorar la infancia*. Cuando seas mayor cambiarás el mundo, accedieron a comprárselo.

Charles está en Alaska, en una exhibición. Es fotógrafo de viajes para National Geographic y quiere marcar a la generación siguiente a través de sus reportajes. Ahora reflexiona sobre el deshielo a través del objetivo de su cámara. Las tortugas endémicas de las Galápagos no podrían poner sus huevos tranquilas si no fuera por un equipo de científicos que estudian por la conservación de la especie.

En Colombia, el nombre de la carretera por la que conduce el hombre (Puente Arimena - El Porvenir) cobra un significado extraño. Si antes lloraba la muerte de su hijo y sentía cerca una gran soledad, ahora está turbado. A los dos minutos de haber llamado al programa de la cuentapenas de la radio madrugadora, le llega un mensaje reconfortante de otra oyente que vivió esa misma situación hace años, y que sufre cáncer en sus propias carnes ahora mismo. Hay algo místico en ella. Le transmite su voz una fuerza más que humana. Es la coincidencia de este encuentro y la energía positiva a través de ondas de radio los que empujan al hombre a seguir conduciendo y llegar a su destino.

En una clase cualquiera de la República Dominicana, en Sabana Perdida, Ronny deja de prestar atención a su profesora para explicar la lección a su compañero Erickson, que se sienta a su lado y tiene dificultades con las matemáticas. Y mi amigo el escritor chileno del que me he acordado por casualidad, es una persona que trabaja por el mapuche. Escribe, relata y canta en esta lengua indígena para que no muera. Sus poemas son realmente lindos; aunque no entienda nada de lo que quiera decir, juega con la musicalidad y eso me gusta. Está trabajando por la diversidad lingüística con amor, al igual que haría un papú neoguineano que habla una lengua que solo comparte con otros 50 de su tribu. Lo hace con esa misma inocencia: la de hablar la lengua que le gusta sin darse cuenta de la repercusión de sus decisiones (que juzgan a la lengua minoritaria a vida o muerte).

“Quién sabe los crímenes que habrá cometido...” piensan de Jim. Jim, con su música hip-hop martilleando en su cabeza, animándole a seguir, mientras los que están a su alrededor en el metro escuchan el susurro de la base del hip-hop de sus cascos, está revisando un artículo científico. Antes de ir a la universidad se pasa por correos para enviarle parte de su sueldo de dependiente a su hermana, que ha emigrado a Oklahoma y está pasándolas canutas.

Me he dado cuenta de que mientras yo estaba ayer escribiendo de noche, pensando que era la única despierta, en el punto

de la superficie terrestre más lejano a mí era un nuevo día el que comenzaba.

No estamos solos para nada. Entre estos millones de personas, alguien está dispuesto a ayudar seguro. A ayudar a quien sea por la causa que sea. Por ayudar, se ayuda hasta a las personas que no han nacido, haciendo la Tierra un planeta más cómodo de habitar y con menos problemas.

En definitiva, avanzando. Un paso de una persona no es nada, pero es mucho. Si te paras a pensarlo a la vez hay millones de personas dando otro paso. Por cuestiones de probabilidad hay muchos miles dando el paso al mismo compás que tú.

CUATRO PÉTALOS DE ROSA

Sara Busschots Safranez

Una fría noche de octubre, bajo la atenta mirada de las estrellas, una anciana recordaba tras la ventana de su casa, con la mirada perdida de quien se encuentra bajo un letargo infinito y las manos cruzadas sobre el pecho en actitud solemne, aquella sombra que le había estado acompañando desde hacía dos primaveras, ocupando de manera sutil ese hueco existencial que apenas le había dejado respirar. El dolor había dado paso a la melancolía, y entre recuerdos confusos y borrosos que comenzaban a difuminarse como la niebla en la madrugada, aquella anciana únicamente podía pensar, a pesar de las circunstancias, cuán generosa había sido la vida con ella y

cuán profundamente agradecida se sentía por todo aquello que había logrado saborear, aunque por escasos momentos.

La anciana recorrió el trazo de la manta que descansaba sobre sus huesudos hombros con la mano derecha y dejó que la yema de sus dedos explorase con parsimonia y tranquilidad los hilos que sobresalían, detonando las cosidas disconformes que ella misma había bordado cuando su cuerpo aún conservaba la movilidad suficiente para poder tejer. La anciana se marchitaba como una margarita lo hace a la llegada del otoño y su cuerpo era apenas ya visible bajo esa joroba que ahora poseía como espalda. Sin embargo, ella seguía dando gracias, gracias por la larga vida que se le había otorgado, gracias por la felicidad que había sentido a lo largo de su existencia, gracias por los momentos felices y no tan felices que habían seguido al nacimiento y pérdida de su única hija, y gracias por todo aquello que había logrado disfrutar con tanta intensidad tras los momentos difíciles. Sí, muchos habían sido duros, tanto, que algunas veces continuaba despertándose por las noches en plena madrugada asaltada por las pesadillas, pero aun así, era capaz de seguir dando gracias. Porque ahora que notaba la venida de su cercano final, había logrado comprender de una vez por todas de qué estaba hecho el corazón humano. No era un órgano, un simple aparato encargado de hacer bombear sangre; eran sus sueños y deseos, sus esperanzas, sus ganas de vivir, de sentirse parte de algo más grande y poder compartirlo con sus seres queridos.

Sobre la repisa de la chimenea, donde en esos momentos crepitaba el fuego con gran intensidad, descansaba la vieja boina ya descolorida que tantas veces había usado su marido en las intensas soleadas de julio. Y junto a él, una cruz. Una cruz pequeña de madera que había servido de consuelo cuando los momentos duros asolaron a su familia; cuando la enfermedad decidió llevarse a otra alma joven por el camino de quienes no respiran y dejar a la pobre mujer y a su marido destrozados, posiblemente para siempre. La anciana recordaba perfectamente el sonido suave y dulce que emitía su hija al reírse, y cuando quiso darse cuenta una lágrima ya se encontraba trazando el contorno de su pómulo izquierdo. Sí, mucho dolor habían tenido que atravesar, pero para quienes logran ver la luz en medio de la oscuridad ese sentimiento se disipa, dejando el regusto amargo por la pena y un nuevo camino de superación por recorrer.

La anciana, antes de encerrarse en su habitación y tumbarse en la cama, ahora vacía en el lado derecho, deambuló una última vez por esa casa que en tiempos pasados tanta alegría le había dado y donde tan profundamente había amado y salió al jardín, solo para despedirse de las estrellas una vez más. Y allí, sobre el último escalón del porche, una rosa blanca recién cortada descansaba sobre el tablón de madera. La anciana la agarró y aspiró su fuerte olor, comparando su dulce fragancia con el olor que solía desprender su hija y ofreciéndole un sentimiento de inmensa añoranza y felicidad, preguntándose a la

par quién o qué la había podido dejar allí, esa rosa símbolo de su propia gratitud en esa casa perdida de la montaña llena de sueños rotos y felicidades infinitas.

La joven madre se despertó cuando el llanto de su hijo fue cobrando vida, despertando a los más dormilones y espabilando a quienes ya llevaban horas trabajando bajo el sol. Su tez oscura contrastaba a la perfección con su único traje color blanco, sucio tras tanto tiempo sin lavarse, y aunque sus tripas rugían sin parar, poniendo en evidencia esa carencia de algo tan importante como el alimento ella no podía hacer nada, más que entregarle la poca comida que conservaba a sus hijos pequeños. Hacía meses que no probaba bocado, pero gracias al apoyo que había recibido por parte de ese grupo tan pintoresco que se hacía llamar Misioneros había sido capaz, tras mucho tiempo, de garantizar la nutrición de sus hijos.

La madre sabía que en países como aquel los recursos eran escasos y las ayudas demasiado necesarias, por lo que cada mísera miga que pudiese obtener era siempre destinada a ellos, su familia, su sangre; sus hijos. Ellos eran todo cuanto ella podía conservar, y en un mundo donde las desigualdades seguían a la orden del día, la mujer necesitaba encontrar la felicidad, aunque fuese solo por medio de las sonrisas que le dedicaban sus hijos cada vez que iban a sentarse en el suelo de barro y veían medio trozo de pan para cada uno.

La mujer se levantó y salió de la choza con el pequeño bebé entre sus brazos, acunándolo y susurrándole palabras de tranquilidad, palabras que proferían sueños lejanos que parecían inalcanzables, donde todo el mundo contaba con agua caliente en casa y una pared de ladrillos en vez de paja o barro. El niño dejó de llorar, abducido por la dulce tonalidad de su madre, y poco a poco fue cerrando los ojos hasta sumirse en un profundo sueño, siempre refugiado tras la protección de su madre, ajeno a la crueldad que tarde o temprano tendría que afrontar cuando fuera más mayor.

–Se parece a usted– escuchó de pronto la mujer, asustándose. Se giró completamente con el bebé todavía más apretujado contra el fecho en actitud defensora y observó al hombre que permanecía sonriente tras ella, con los ojos fijos en el niño.

– ¿Qué quiere? – le cuestionó la mujer con un fuerte acento africano. Observó a aquel hombre extraño que jamás había visto y se quedó embelesada con sus ropajes extravagantes y llenos de colorines. El extraño portaba tras la espalda una mochila negruzca por la suciedad y se apresuró a cogerla, lo que impacientó a la mujer, quien cada vez estaba más nerviosa.

– Me gustaría ayudarte, a ti y a todos los demás. – Respondió el señor, haciendo alusión a todas las demás familias que vivían en chozas semiderruidas como la suya en esa franja de tierra muerta. – He venido como voluntario para vivir como

vivís vosotros y comprender un poco mejor las injusticias del mundo.

– ¿Con qué fin? – le espetó la mujer, conocedora de que mucha gente había venido anteriormente con la misma función que él y no habían logrado nada más que hacerle perder su tiempo. Los blancos siempre decían lo mismo, venían a ayudar, entregaban un poco de comida y mantas y se marchaban para no volver nunca más, sin cambio sustancial alguno. No obstante, la mujer se quedó sorprendida cuando el hombre contestó:

– Haceros feliz – Nunca, en su corta vida, le habían respondido eso. Todos contestaban cosas tales como: “mejorar el mundo” o “hacer un mundo más humano y digno”, pero eso no. Nadie excepto él parecía haberse dado cuenta de que ellos no querían cambiar el mundo; ellos querían ser felices, y contar con los mismos derechos que el resto de las personas que vivían fuera de allí. Tener derecho a la educación y a la sanidad, poder acceder a supermercados y tener dinero para comprarles un helado a sus hijos.

Y tal vez fue por su resuelta convicción a la hora de hablar o por su singular vestimenta que acabó aceptando, dejando así que aquel extraño sin nombre pudiese descubrir los más profundos secretos del alma, ahí donde se guardan las mayores penas y dolores.

Pasaron los días y el hombre continuó allí, conociendo las diferentes formas de vida que cada una de las familias había ido adquiriendo en su lucha por la supervivencia y ayudando a todos cuanto podía, tanto a la hora de recolectar agua del río como dar de comer a los infantes o enseñarles a leer. Cosas simples que lograban tocar el corazón de todos aquellos necesitados. La felicidad de los más pequeños era palpable a kilómetros de distancia y todos los días que estuvo el hombre estrambótico allí los niños se le acercaron constantemente, hipnotizados por su rara forma de ser y su cautivadora voz a la hora de leerles cuentos. Y así las semanas fueron pasando, y aunque la joven madre continuaba sin saber nada sobre aquel hombre misterioso que había irrumpido en sus vidas como un huracán y se había instalado en los corazones de todos ellos la mujer sabía que tarde o temprano el hombre tendría que marcharse. Y así fue como el día fatídico llegó, donde toda la tribu al completo soltó lágrimas de tristeza por pensar que ese ángel caído del cielo se iba, posiblemente para no regresar.

La mujer llevaba tiempo dándole vueltas al asunto sobre cómo recompensar la aportación del hombre en su vida, quien le había ayudado a recobrar un pequeño rayo de esperanza en medio de toda esa soledad y agonía que llevaba persiguiéndola desde que prácticamente nació y se dio cuenta de que permanecería anclada a ese destino cruel que le había deparado la vida. Sin embargo, en ningún momento supo adivinar qué

podría complacer las ayudas del señor blanco, y sin más remedio tuvo que dedicarle un leve abrazo y un par de lágrimas sueltas a la hora de la despedida. Ese hombre había hecho por ellos en tan solo unas semanas lo que organizaciones enteras no habían conseguido hasta ahora, darles felicidad. Hacerles sentir queridos y amados y que no estaban solos en la lucha por su bienestar. Que ahí arriba había alguien más que se preocupaba por ellos.

El hombre observó a todos aquellos hombres y mujeres, niños y niñas que le habían acompañado en su búsqueda por encontrar un mundo más digno y sonrió, entristecido, pero a la vez alegre. Y sin más preámbulos se dispuso a marcharse, cuando recordó que dentro de su mochila permanecía su último regalo.

Se acercó disimuladamente a la mujer negra que había conocido el primer día y a la que acababa de abrazar y le entregó una rosa. Una rosa blanca como la nieve y frágil como la vida misma.

—Para ti— dijo mientras se la tendía. La mujer se quedó asombrada y aunque no articuló palabra alguna asintió, dejando soltar otro par de lágrimas. Sus dedos calludos agarraron la flor con precaución y después se la acercó a su nariz para aspirar su olor.

“Huele a esperanza” pensó con una débil sonrisa en los labios. Pues sí, aquel hombre les había regalado una esperanza que durante mucho tiempo llevaban creyendo por perdida.

Llamaron a la puerta de la habitación cuando Tobías aún estaba dormitando, sumido en un caos de pesadillas sin frenesí que le provocaban sudores y escalofríos. Quería despertarse y decirle a su madre que hoy se encontraba mejor, que los dolores habían remitido y que ya no tendrían por qué permanecer ahí. No obstante, cuando el niño logró abrir los ojos y recuperar la consciencia se dio cuenta de que esa mañana, más que nunca, le dolía todo el cuerpo. Apenas podía moverse y fue un milagro que su madre entrara como un vendaval nada más despertarse para incorporarle sobre la cama.

—Hola cariño— susurró su madre con una sonrisa tierna en los labios, aunque sus ojos delataban su profunda preocupación. Tobías estaba cada día peor, eso era un hecho, y la certeza de que ya nada se podía hacer lograba cada día asfixiarle un poco más. Él no quería morir. Él quería ser un niño más, jugar en el recreo y divertirse con el resto de sus compañeros. Pero en cambio allí estaba, encerrado en esa habitación de hospital con olor a desinfectante que solo le producía más dolores de cabeza. —Ha venido un señor a verte— continuó entonces su madre con una sonrisa más amplia y con la mirada iluminada. —Y no, no es ningún enfermero. Es alguien muy, muy espe-

cial, y dice que quiere darte un regalo— la mujer dejó de hablar y prosiguió a abrir la puerta del cuarto, dejando pasar a un hombre de mediana edad de rostro singular y ropas aún más extrañas. A Tobías le llamó la atención su forma de vestir, y aunque no iba vestido de payaso como el resto de los extraños que solían frecuentar su habitación para hacerle reír, aquel era sin duda, un hombre de lo más raro.

—Hola Tobías— saludó el señor con una voz cantarina que logró llamar su atención. — ¿Sabes quién soy? — le siguió preguntando, a lo que el niño negó repetidas veces con la cabeza. — ¿No? Pues Tobi, ¿puedo llamarte Tobi? — el señor volvió a interrumpirse y esperó hasta que el niño volvió a asentir, esta vez más animado. — ¡Bien!, pues Tobi, yo he venido por una sencilla razón; estoy buscando hacer amigos, y lo cierto es que he estado mirando por aquí y por allá y quiero que tú lo seas. ¿Qué te parece? ¿Somos amigos? —Tobías, que hasta ese momento había estado observando al hombre como si fuese de otra galaxia empezó a asentir rápidamente con la cabeza de forma más activa tras comprender el significado de sus palabras y acompasó el movimiento de su cabeza con un aplauso de palmas, contento. ¡Pues claro que quería que fueran amigos! Era lo que llevaba deseando desde siempre. Tobías sólo había podido acudir a dos colegios antes de que su síndrome se hubiera acrecentado más, y durante ese tiempo ningún niño se había atrevido a acercársele, aunque no entendía la razón.

—¡Genial! —canturreó el hombre, aplaudiendo también. Pero de pronto se puso serio y entrecerró los ojos de forma pensativa. —¿Pero sabes lo que nos falta? —le preguntó. Tobi negó con la cabeza y compuso una mirada similar a la que había puesto el hombre para imitar su semblante pensador. — Necesitamos más gente. ¡Sí, eso! ¡Mucha más gente! — el señor se levantó abruptamente de su cama, donde se había sentado minutos antes para hablar con él y Tobías retomó los aplausos, pletórico de felicidad. ¡Sí, necesitaban a muchos más niños, el hombre mayor tenía razón!

El señor agarró a Tobi con cuidado y lo depositó con cariño sobre la silla de ruedas tras haberlo sacado de la cama.

—¿Listo para hacer amigos? —susurró entonces en su oído, y a pesar de que a Tobías le gustaría haber gritado que sí con todas sus fuerzas, tuvo que contentarse con el movimiento afirmativo de su cabeza. El señor empezó a conducirlo por diferentes pisos del hospital y todo aquel con el que se cruzaban saludaba a Tobi y le sonreía; algunas veces hasta le llegaron a regalar una piruleta. Y aunque Tobías estaba encantado de que la gente le mirase y le diera regalos, él solo quería llegar cuanto antes al sitio donde le había dicho el hombre que le esperaban el resto de sus amigos.

Finalmente llegaron al sitio esperado y Tobi sintió que se le iba a salir el corazón del pecho. Toda la sala estaba repleta de niños como él, de todas las edades. Algunos reían y jugaban

con muñecos mientras que otros simplemente se dedicaban a pintar, y los ojos de Tobi se humedecieron involuntariamente.

—¿Quieres que te los presente? —le preguntó entonces el señor mágico y Tobías asintió, nervioso y ansioso a la vez. El hombre de ropas extravagantes empujó la silla hasta un rincón donde permanecían sentados y callados cuatro niños; tres niños y una niña. Ninguno de ellos hablaba, y cada uno parecía estar enfocado en lo suyo.

—Tobías, estos son... —Tobi fue escuchando el nombre de los niños con gran devoción a la par que el hombre los decía y una vez hechas las presentaciones el señor mágico agarró un par de juegos e incitó a los cinco niños solitarios a jugar con él. Todos se sumaron casi sin rechistar.

Esa tarde Tobías fue consciente de muchas cosas. La primera, que el hombre que había entrado en su habitación aquella tarde era sin duda, un ser mágico salido de un arco iris. La segunda, que sus dolores parecían haber remitido mientras jugaba entretenidamente con el resto de sus compañeros. Y en tercer lugar, que jamás había sentido tanta alegría contenida. Ni siquiera con los besos de su madre. Era como haber subido a las nubes y haber nadado en ellas, y Tobi se negaba a aterrizar. Porque, aunque él no era consciente directamente de ello él sabía que la vida le había arrebatado muchas más cosas que a otros, y que eso era injusto. Pero también sabía, y tenía muy claro que, si para poder conocer a sus nuevos ami-

gos tenía que atravesarlo todo de nuevo, entonces lo volvería a hacer. Además, ahora que uno de sus mayores deseos se había hecho realidad tenía que cumplir con la promesa silenciosa que le había hecho al hombre mágico antes de desaparecer, cuando le regaló una flor de color blanco a la que su madre llamó “rosa”. Y era la de disfrutar cada momento costase lo que costase. Y que recordase que no estaba solo, pues esa rosa estaría con él siempre.

Él era como ella, una preciosa rosa sin espinas.

El jardín de la señora Lola se marchitaba a pasos agigantados y Margarita, su nieta, quería hacer algo para contentar a su abuela ante tal desgracia. Para la abuela Lola la naturaleza era indispensable, la fuente de su vida, y nunca, a pesar de su larga existencia, había logrado comprender cómo la misma humanidad se estaba encargando de destruirla. Según su abuela, las plantas eran seres humanos y debían ser tratados por igual; pero para Margarita eso carecía de sentido alguno. ¿Tratarlos por igual; como si fuesen personas de carne y hueso?

Las excentricidades de la abuela Lola empezaban a rozar la locura, pero Margarita sentía que debía complacerla y se acercó al primer puesto de flores que encontró por la calle. Su objetivo era comprarle una planta bonita y plantarla en su jardín, pero cuando se adentró en la tienda se le cortó la res-

piración por la sorpresa. En su interior había millones de flores de todos los tipos y colores, de más comunes a más exóticas y de todos los tamaños. Aquello era impresionante, y por primera vez Lola se sintió sobrecogida ante tanta belleza. Ahora lograba entender mejor la predilección de su abuela por las plantas.

Quiso encontrar la más bonita de todas esas flores, pero los minutos pasaban y Margarita se dio cuenta de que por sí misma, no sería capaz de decidir cuál era la mejor. Y a juzgar por sus apariencias impecables, la joven dedujo que baratas no debían ser. Allí por donde mirara sus ojos se agrandaban de la emoción, pues ¿cómo algo tan hermoso como aquello podía estar desapareciendo? Todo eso era un tesoro que debía conservarse y cuidarse como oro en paño y Margarita supo que debía llevar a su abuela para que ella misma pudiese completar ese espectáculo de color.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó una voz tras su espalda. Margarita vio aparecer de entre los pasillos un hombre cargado con una caja de flores y dedujo que era el encargado de la tienda.

—Sí. Estaba buscando alguna flor que poder regalarle a mi abuela para plantar en su jardín. Una bonita, pero accesible. —agregó esto último agachando la cabeza con cierta vergüenza y con las mejillas encendidas. El hombre dejó soltar una pequeña risa y después soltó un “veamos qué tengo por aquí”,

mientras depositaba la caja en un lado de la tienda para empezar a buscar la planta idónea.

—¡La tengo! —soltó entonces el hombre, y Margarita se apresuró a ver la planta indicada. El hombre sostenía entre sus manos una flor de color rosa pálido con tonalidades malvas y amarillas sujeta por una maceta en la cual recaba la palabra “biodegradable”. El hombre la pilló observando la etiqueta y le explicó que en su tienda todo lo que había era ecológico, hasta las macetas, lo cual complació todavía más las expectativas de la joven. Pero cuando vio el precio pegado sobre la parte de debajo de la maceta el mundo se le cayó a los pies. Esa planta era la cosa más bella del mundo, y habría quedado perfecta en el jardín de la abuela Lola, pero era demasiado cara.

—No tengo tanto dinero...— confesó con cierto pesar. Pero contra todo pronóstico el hombre se la tendió.

—Te la regalo. —Margarita enmudeció ante su ofrecimiento y no supo qué contestar. Finalmente optó por devolvérsela. —Quédatela— insistió sin embargo el señor —pero como recompensa me gustaría que me invitases un día a ver el jardín de tu abuela, cuando hayas plantado la flor y ésta haya crecido. — Margarita empezó a asentir con ganas y tras dar las gracias y prometérselo volvió a la casa de su abuela, donde juntas empezaron a plantarla.

Dos meses después el jardín había vuelto a estar exuberante, lleno de vida y color gracias a esa milagrosa planta. La gente había comenzado a adquirir la costumbre de hacerle fotos al jardín cada vez que pasaban por su lado y Margarita no podía sentirse más pletórica, hasta que un día recordó su promesa y volvió a la tienda de flores. Pero cuando se acercó al mostrador y vio al hombre que había tras la caja se dio cuenta de que no era el mismo.

—Disculpe, ¿sabe dónde puedo encontrar al dueño de la floristería? He de hablar con él—. El encargado de ese día alzó una ceja y tras contemplarla largo rato le preguntó.

—¿Tú eres la niña que le compró hace unos meses la petunia?

—Margarita asintió y estuvo a punto de rectificar que en realidad ella no la había comprado cuando el chico la cortó:

—El dueño de la tienda se fue hace hará cosa de un mes y todavía no ha regresado, pero ha dejado una cosa para ti— y dicho lo cual el recepcionista sacó una caja pequeña de zapatos y se la entregó.

Margarita llegó a casa de su abuela con la caja bajo el brazo y todavía sin abrir, y tras encerrarse en una habitación a solas se dispuso a abrirla, pero antes de hacerlo vio un sobre pegado a la tapa y sacó la nota de su interior, que rezaba:

“Este regalo va dirigido a todas aquellas personas que sueñan y buscan hacer un mundo mejor con actos simples como el

tuyo. Porque de una pequeña planta se puede lograr hacer grandes cosas. Y si todos ponemos nuestro granito de arena, dentro de no mucho tiempo todos contaremos con nuestra porción de felicidad.

PD: dile a tu abuela que estaré encantado de darle más consejos sobre jardinería.”

La joven se quedó sorprendida porque su abuela conociese al dueño de la floristería y se preguntó cómo eso era posible, si la abuela Lola no había vuelto a salir de casa desde que su madre había muerto de cáncer hacía ya dos años.

La joven decidió dejar los tristes pensamientos a un lado y destapó la caja, encontrando en su interior una rosa.

Una rosa blanca.

CARTAS A LA MENTE

Lucía Andrés Edo

El mundo es un caos. Si lo viésemos desde fuera durante unos instantes nos daríamos cuenta. Entonces seríamos capaces de observar lo obvio: es mejorable. Y vaya si es mejorable. Se trata de todas las personas que hay en el mundo, de todos los seres que en él habitan y del cuidado que le proporcionan. No hay otro hogar más que este y por muy maravilloso que sea, admitámoslo: no hacemos suficiente.

Esta situación de la que os hablo alertó a una figura muy importante. Algunos la conocían como una gran empresaria, otros como la controladora del mundo o incluso la felicidad

en sí misma. Pero el caso es que quiso escribir a su compañera de trabajo y vecina, cuyo barrio solamente se separaba del suyo por una sencilla valla, sobre las preocupaciones que le inquietaban.

“Querida señora M,

Me pongo en contacto con usted para comunicarle la gravedad de mi situación. Como bien sabe, todos los días recibe los pedidos que me hace, tal y como acordamos desde siempre. En esto no hay ningún problema, porque, aunque a veces me duele, entiendo que es mi trabajo desprenderme de aquellos que ya no me necesitan, pero esperaba poder dedicar más tiempo a mis proyectos, no sé si me entiende.

El caso es que últimamente he enviado más pedidos de lo habitual y eso no es bueno para mí ni para dichos pedidos. Y lo sé, sé que forma parte de nuestro trabajo, pero me opongo a continuar como hasta ahora. Mis empleados se están desesperando, pues las condiciones laborales no ayudan a mejorar el ambiente. ¿Se da cuenta de todo por lo que hemos de pasar para llegar a final de mes? Ya le digo: barbaridades.

El otro día iba paseando por una pequeña aldea asiática y me la encontré. Sí, a usted, con un grupo de niños sobre unos finísimos colchones, envueltos entre mantas. La cercanía era excesiva, si quiere saber mi opinión, y creo recordar que en ningún momento recibí notificaciones sobre la actividad en aquella zona. Los pobres chiquillos deberían estar jugando entre ellos en estos mismos momentos, y no sufrir las consecuencias de la desnutrición, con la barriga hinchada por falta de alimento y

los huesos tan frágiles como la punta de una pluma debido a tanto trabajo innecesario en una persona de su edad o en la de cualquiera. La pena es que, cuando corrí hacia ellos, ya era demasiado tarde. Puedo estar en todos los lugares del mundo, pero sería más sencillo si se facilitase la tarea, ¿comprende?

Algo que también he observado, y que espero no tenga que ver con usted, es la cantidad de casos de falta de agua potable. ¿Cómo puede ser? Confío en que no haya hecho de las suyas con una de sus bromas, que aunque somos muy distintas, tan lejos no está mi casa de la suya, querida vecina. Mis hijos han de caminar kilómetros para llegar hasta mí, donde les ofrezco lo único de lo que dispongo en ese momento: un poco de agua. Pero cuando se van de nuevo a sus casas para compartirla con sus seres queridos, temo que usted esté en el camino, a punto para ponerles la zancadilla.

La aprecio de veras, pero la he visto ya muchas más veces de las necesarias en mi barrio, y si no recuerdo mal, soy yo la que debería caminar hasta el suyo de vez en cuando. Hágame un favor y colabore en los servicios sanitarios, que falta me hace. No sabe la alegría que me da cuando veo que he conseguido salvar a alguien más, que ahora está feliz con sus familiares. El otro día dieron de alta al viejo Peterson, y no sabe cómo me lo agradeció. Ahora me aprovecha al máximo, ha cambiado su rutina por completo y me valora mucho más.

Es por esto que, hace unos días, al ver que en casa las cosas seguían así... No sé, no pude soportarlo y me eché a llorar. Soy fuerte y poderoso

sa, lo sé, pero lo que no soporto es ver sufrir a mis pequeños, y no tan pequeños. Quisiera demostrarles que se merecen algo mucho mejor. Unos lo tienen todo aquí: casa, comida, trabajo, salud...Otros, en cambio, no hacen más que jugar entre tu valla y la mía, a ver si algún día caen sin querer.

Atentamente: V”

Su destinataria y vecina, que también había pensado en escribirle, recibió la carta y la leyó detenidamente. Por una parte, comprendía la situación, pero tampoco creía que fuese ella la causante del estado del barrio en el que su vecina vivía. Le contestó de la misma manera.

“Para la señora V

Lamento que se encuentre en tal estado de frustración, pero yo también creo necesario que sepa cómo me siento yo ante estos problemas.

Últimamente, y coincidiendo con usted, he recibido más pedidos de los esperados. Supuse que creyó hacer bien en enviármelos y por eso los acepté sin preguntas. Pero es cierto también que al pasar el tiempo me fui preocupando, no solo por la cantidad de ellos que tengo (pues no me quejo, no me gusta estar sola) sino por lo que he hablado con ellos.

Una vez pregunté a una niña pequeña cómo había sido su trayectoria hasta ese momento; si había sido feliz, si echaba de menos a alguien... «No, la verdad es que no. Aquí estoy bien». Lo cual me sorprendió,

porque aunque mis servicios son bastante buenos, mudarse es a menudo algo duro. «En casa papá nos pegaba a mamá y a mí, y no me gustaba estar allí. Ahora solamente tengo que esperar a que mamá venga conmigo». ¿Ves a dónde quiero llegar? Tienen una visión de ti algo distorsionada, y por mucho que me guste recoger los pedidos, no quiero que vengán con una idea equivocada. Al igual que en numerosas ocasiones se confunden conmigo (lo cual es comprensible, pues a mí no me conocen) también carecen de los servicios de la señora E.

Respecto a lo que en tu carta se comenta sobre mi actividad en tu barrio, confieso que en ocasiones me siento tentada a pasear por él, pero ya sabes que es algo que debo hacer cada día. Y aunque soy yo la que recibe los pedidos, no me permito el lujo de elegir aquellos que me vienen en gana, sino que trato de reflexionar sobre a los que les conviene despertar ahora o más tarde y de esta tarea tú también formas parte. De hecho, si te hubieras fijado bien, hubieras comprobado que estaba acariciando a aquellos niños, pues prefiero recibirlos con caricias y dulcemente que de una manera brusca y atropellada. Me llaman cruel, egoísta y avariciosa, pero lo que muchas veces no ven es que formo parte de ellos mismos y que estoy dispuesta a seguir cuidando de ellos, siempre lo he hecho.

Lo que pasa es que me llevo la peor parte, porque soy una desconocida y es más fácil hablar que ser paciente y reflexionar. A mí también me duele, pero me veo obligada a intervenir improvisadamente cuando ya no hay otra alternativa. Y si lo hago cuando todavía hay otras opciones es porque algo no marcha bien, pero no me culpe a mí porque la causa reside en ellos, yo solo cumplo con mi deber.

No puede pedirme que intervenga en el servicio de la salud cuando no me deja participar en las labores del día a día, además de que lo que usted me pide está fuera de mis posibilidades. Lo que sí puedo hacer en ese ámbito es, o bien dejar de participar o hacer más de lo que usted no quiere. Creo que lo mejor es que lo hablemos en persona, con la compañía de su queridísima amiga, la señora E.

Saludos: M”

Como habían acordado, las dos mujeres se reunieron, junto a una tercera, en un lugar que nadie más conocía, fuera de lo existente físicamente e impacientes de acabar de una vez con los problemas que les afectaban.

—Y bien ¿por qué me habéis llamado? —la primera en hablar fue la señora E.

Las otras dos explicaron sus razones y la necesidad de recurrir a su compañera para que les aconsejase en un asunto tan importante. Así, la señora E sacó sus conclusiones.

—Durante toda mi vida he visto innumerables sucesos que me han dejado atónita y casi todos ellos han resultado ser consecuencia de los actos del ser humano. He estado presente en tantos momentos, que me sería imposible nombrar cada uno de ellos en esta misma conversación, a pesar de todo.

Me habéis hablado de las inconveniencias que no solo os afectan a ambas, sino también a aquellos de los que cuidáis. Pero también debéis pensar que ellos tienen sus propias responsabilidades y que siempre vais a estar ahí para ellos. No me gustaría que os echarais la culpa la una a la otra por situaciones que, aunque os implican a ambas, no habéis causado. De hecho, aquellos de quienes estamos hablando luchan por vosotras y no podéis esperar que en esta lucha las cosas se solucionen tan rápidamente. A partir de vuestro ejemplo, son ellos los que deben darse cuenta de lo que es necesario cambiar. Yo lo veo como un proceso de evolución.

La señora V la interrumpió. —Es cierto. Yo también lo veo así, pero me duele que, con tantas posibilidades que tienen de vivir como seres felices, en un mundo justo, utilicen esas oportunidades para cambiarlo a su antojo, cuando no se dan cuenta de qué es lo que verdaderamente quieren, no sé si me explico.

M hizo un gesto de impaciencia.

—A mí también me importa, pero creo que ahora la señora E debe actuar también. Siempre lo ha hecho, pero deberíamos recordar lo esencial que es en este momento, tal y como están las cosas. Si queremos un mundo mejor, deberíamos trabajar entre todas para lograrlo.

—Exacto—dijo E—Lo que falta es movilidad, iniciativa, esfuerzo. Pero también hay que ver el lado positivo. Ahora mismo muchísima gente está luchando porque el mundo con el que sueñan se cumpla, porque no haya desigualdades, ni problemas sociales de cualquier tipo, ni desmejoras en el clima o el estilo de vida. Entre ellos deben darse cuenta de que existo, de que existimos. Han de saber que llegar a ese mundo es posible, pero para eso primero han de despertar.

Después de esta gran conversación, la Muerte, la Vida y la Esperanza se fueron por caminos distintos, confiando en que aquello de lo que habían hablado hubiese merecido la pena.

Cuando despertó no recordaba nada de lo que había soñado. Tranquilamente se levantó y caminó despreocupado hacia la cocina con pasos adormilados, en busca de algo que le sirviera de desayuno. Era como cualquier otra mañana normal: se vestiría, iría a clase, después a entrenar, y tal vez le diera tiempo a salir por la tarde, pero no esperaba mucho más. Era una lástima que, teniendo tanto en lo que pensar, se acordase de tan poco.

Cogió los cereales y echó varios puñados en el cuenco que tenía delante, mientras se restregaba la mano por la cara como si acabase de terminar un periodo de hibernación. Se habían dejado la televisión encendida y el sonido de las noticias se introdujo en su cabeza sin que pudiera evitarlo. —Mmmññeh.

–gruñó, y cogió el mando para acabar con ese ruido infernal, además del sonido del despertador.

Solamente le bastó levantar la cabeza para mirar la pantalla y darse cuenta de que estaba comenzando a recordar algo. Esas imágenes... El mundo, la ciudad, las calles, la gente... La botella de leche que había estado sujetando hasta entonces se le derramó de pronto. Corrió hacia la ventana y vio lo que podía observar cada mañana, pero esta vez desde un punto de vista distinto.

–No puedo perder más tiempo–dijo–Tenemos que actuar.

